

Cuadernos
bíblicos

57

Jacques Guillet

**De Jesús
a los
sacramentos**

Verbo Divino

CONTENIDO

La renovación de la liturgia y de los ritos sacramentales ha suscitado en muchos católicos una reflexión sobre el sentido y el origen de los sacramentos, a partir de la eucaristía. ¿Cómo se relacionan estos gestos de la iglesia con los gestos de Jesús mismo?

Este movimiento «de Jesús a los sacramentos» es el que nos describe el padre Jacques GUILLET, siguiendo de cerca los textos del Nuevo testamento. Guía al bautizado hacia el centro de toda la vida sacramental: la relación personal con Cristo muerto y resucitado, que da su Espíritu a la iglesia que es su cuerpo.

(Índice detallado de materias, p. 66)

De los gestos de Jesús a los sacramentos de la iglesia	7
1. La palabra y los gestos de Jesús	9
La palabra – Los gestos (los milagros, el perdón de los pecados) – Nacimiento de la fe.	
2. El cuerpo entregado y resucitado	19
La pascua de Jesús – Mi cuerpo entregado, mi sangre derramada – El perdón del resucitado – Los envíos a misionar.	
3. La iglesia naciente, primeras experiencias	31
El perdón – Murió por nuestros pecados – Una comunidad ministerial – La experiencia de Pablo.	
4. Los gestos de la iglesia	37
El bautismo en los Hechos de los apóstoles y en Pablo – El bautismo y el don del Espíritu – Sacramentos y ministros – El perdón de los pecados – El sacramento de los enfermos – El hombre y la mujer.	
Para proseguir el estudio	60

**CB
57**

Jacques Guillet

**De Jesús
a los
sacramentos**

EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLA (Navarra)
1987



La Cena (siglo XV)

Desde que el concilio Vaticano II decidió restaurar la liturgia y revisar los ritos de los sacramentos, ha empezado un amplio redescubrimiento de los mismos, a partir de la eucaristía. Han surgido cuestiones imprevistas sobre el origen y el sentido mismo de estos sacramentos. Ya los Reformadores habían planteado muchas de ellas en el siglo XVI; los actuales cuestionamientos han vuelto a ponerlas sobre el tapete, en medio de las diversas corrientes de increencia. Los cristianos tienen necesidad de respuestas sólidas y claras, que sólo pueden venir de una profundización en las Escrituras, confrontadas con la experiencia pastoral de la iglesia.

Para iluminar esta reflexión, Jacques GUILLET, exégeta del Nuevo Testamento, muestra en este cuaderno cómo los primeros cristianos pasaron de Jesús a los sacramentos. Algunas de sus obras han ayudado mucho a toda una generación a descubrir de nuevo y a contemplar al Señor Jesús a partir de las Escrituras. En la línea de su último libro, *Entre Jésus et l'Église*, nos invita a buscar los vínculos que relacionan los gestos de la iglesia con los gestos de Jesús mismo. Los sacramentos nacieron, no de una repetición servil, sino de una fidelidad creadora a su Espíritu; nacieron de la experiencia pascual y de la misión.

El campo de esta investigación es muy amplio; J. GUILLET se ha limitado a los textos del Nuevo Testamento, sin entrar en el mundo del culto y de los ritos judíos contemporáneos de Jesús, con sus sacrificios, sus banquetes religiosos, sus baños rituales, su circuncisión... Para la eucaristía, por ejemplo, el cuaderno 37 puede ofrecer los elementos bíblicos y judíos que iluminan este sacramento. En esta lectura atenta, que respeta las dificultades y los silencios de los textos, nuestra curiosidad sobre el origen de los sacramentos se verá a menudo llevada hacia su centro: la experiencia de la iglesia, que vive de la presencia de Cristo en ella, hasta el final de los tiempos.

Philippe GRUSON

DE LOS GESTOS DE JESUS A LOS SACRAMENTOS DE LA IGLESIA

Hay varios caminos para introducir en la inteligencia de los sacramentos cristianos. La definición corriente de los antiguos catecismos partía de la práctica. Puesto que todos los cristianos «practicaban» más o menos regularmente los sacramentos, parecía natural dar un sentido a esos gestos que todos conocían. Eran signos sensibles y eficaces que Jesús había instituido para dar a los hombres su gracia y su vida.

Esta definición, perfectamente correcta, tenía que manifestar sin embargo algunas insuficiencias. Basada en unas prácticas conocidas, corría el peligro de dar pie al formalismo, a medida que la misma práctica se iba haciendo simplemente formal: «¿Por qué los sacramentos?» – «Porque Jesús lo dijo».

Pues bien, una lectura más atenta de los evangelios mostraba que el argumento «Jesús lo dijo» no valía mucho en el caso del matrimonio o del sacramento de los enfermos, y que había que comprenderlo en un sentido muy amplio para el orden y la confirmación. Entonces, si se atenía uno a la definición literal, había que dar la razón a los Reformadores y quedarnos tan sólo con dos sacramentos, el bautismo y la eucaristía.

Por otra parte, por sí solo, el argumento «Jesús lo dijo» tenía algo de arbitrario y de frágil: ¿no había pedido Jesús que se reprodujera el lavatorio de los pies, que no es sin embargo un sacramento? Para profundizar en justificaciones demasiado simples, han surgido toda una serie de trabajos destinados a valorar, por una parte, las raíces pro-

fundas de los sacramentos en la experiencia común de la humanidad, y por otra, la originalidad propia de los sacramentos cristianos. Un ejemplo reciente de esta tendencia es la obra de L. M. Chauvet ¹.

El camino que aquí proponemos no pretende ni mucho menos excluir estos caminos fecundos ni incluso completarlos. Se dedica solamente a comprender mejor lo que en la definición clásica se designaba por «instituir». Si no se trata más que de un decreto que ejecutar, el sacramento se convierte en un gesto exterior con el que basta cumplir para estar en regla. Pero de hecho se trata de algo muy distinto: de los gestos por los que Jesucristo muerto y resucitado «reúne a los creyentes en su cuerpo». Esta fórmula del Vaticano II (*Lumen gentium*, 7) puede parecer banal. Sin embargo, enuncia un punto capital: los sacramentos de la iglesia son actos de Cristo. Entonces hay un camino abierto para nosotros. Los actos de Cristo en la iglesia no son diferentes de los que realizaba Jesús durante su vida terrena. Perdonar los pecados, entregar su cuerpo, enviar a sus apóstoles a misionar, esos aspectos diversos de su actividad

vuelven a encontrarse en la variedad de los sacramentos. Seguramente se dan diferencias muy visibles: en los sacramentos, Cristo actúa a través de unos intermediarios, los «ministros», pero siempre es él el que actúa y el que conduce la misma acción. La institución no se convierte por ello en un momento secundario en la realidad de los sacramentos. Es el equivalente de lo que fue para Jesús la resurrección, de lo que fue para los discípulos la bajada del Espíritu Santo; es, en el orden del gesto religioso, el nacimiento de la iglesia.

Entonces, puesto que se trata de mostrar el movimiento que va de los gestos de Jesús a los sacramentos de la iglesia, se imponen naturalmente cuatro etapas:

- La palabra y los gestos de Jesús.
- El cuerpo entregado y resucitado.
- La iglesia naciente; primeras experiencias.
- Los gestos de la iglesia.

¹ L. M. Chauvet, *Du symbolique au symbole. Essai sur les sacrements*. Cerf, Paris 1979.

1

LA PALABRA

Y LOS GESTOS DE JESUS

A. La palabra

Los gestos de Jesús no parece que constituyan lo esencial de su actividad. Esta consiste principalmente en hablar. No es que Jesús sea ante todo un locutor, un hombre de la palabra, sino que Jesús viene sobre todo a anunciar un acontecimiento, el reino de Dios. Y este acontecimiento no viene sin él, al contrario, viene con él y no puede venir más que con él, pero no es Jesús el que lo hace venir, sino Dios, su Padre. La función de Jesús es anunciarlo, hacer que su pueblo llegue a él, por tanto, es ante todo cuestión de palabra. Por eso, apenas arrestado Juan bautista, el primer paso que da Jesús es el de «proclamar el evangelio de Dios» (Mc 1, 14)

No obstante, hay en esa palabra y en su relación con el acontecimiento algo único. Esta palabra es eficaz, produce lo que dice. Esto se verifica desde varios puntos de vista, que responden a las perspectivas corrientes de las tradiciones de Israel

EL PROFETA Y EL EVANGELISTA

La primera imagen que da Jesús de su acción es la de un profeta. Aunque no se viste, como Juan bautista, el traje típico de Elías, el mayor de los profetas, el vestido de piel y de pelos de camello, habla a la manera de los profetas, anunciando la intervención de Dios, invitando a Israel a la conversión. Se ve arrastrado como ellos por la urgencia del acontecimiento inminente y no puede retrasar el mensaje de que está encargado (Mc 1, 38)

Sin embargo, los evangelios no le dan más que excepcionalmente el nombre de profeta, y la primera actividad que le atribuyen es la de evangelista (Mt 4, 23, 9, 35). La diferencia entre profeta y evangelista se remonta al libro de la consolación de Isaías. En Is 40, 3s, la voz profética grita que se prepare en el desierto un camino que permita al Señor devolver a Jerusalén a los deportados de Babilonia

En Is 40, 9 un (una!) evangelista es enviado a anunciar en Jerusalem la entrada inminente de su Dios. El profeta se queda por el camino que hizo abrir, su mision se acaba, su recompensa fue ver la llegada del cortejo real. Juan bautista que se reconocio sin duda en el personaje destinado para los tiempos del destierro, encontro personalmente el secreto de su papel y describio el gozo del amigo del esposo cuando ve cumplida su mision e introduce a la novia en la camara nupcial (Jn 3, 29). El profeta se queda fuera del acontecimiento que anuncia.

El evangelista, por el contrario, forma parte del acontecimiento que inaugura, lo mismo que el heraldo que cabalga al frente del cortejo y hace abrir las puertas de la ciudad. Así Jesús, en la sinagoga de Nazaret, viene a traer a los pobres el evangelio al mismo tiempo con su palabra y con sus milagros (Lc 4, 18-23). En esto Jesús es mayor que todos los profetas, mayor incluso que Juan, que fue superior a todos ellos (Lc 7, 26). Porque Juan no vio «recobrar la vista a los ciegos», «acoger el evangelio a los pobres» (Lc 7, 22) y tuvo que fiarse de sus discípulos, que lo habían visto. Con Jesús, el reino está ya muy cerca, a la puerta y solo falta que esta se le abra de par en par.

En esta coincidencia entre la palabra de Jesús y el acontecimiento que anuncia hay un rasgo propiamente sacramental. El sacramento es siempre al mismo tiempo gesto y palabra, gesto significante y palabra eficaz. La palabra del evangelio no es todavía el reino, pero es como su primera manifestación. Lo mismo que cuando las primeras hojas de la higuera traen la certeza de que ya está allí el verano (Mc 13, 28).

EL LEGISLADOR Y EL SEÑOR: MOISES Y JESUS

La primera palabra de Jesús es el evangelio. El primer discurso que formula su mensaje es el sermón de la montaña. Comienza con las bienaventuranzas, pero está compuesto ante todo de una aceptación y de una transformación de la antigua ley y de su interpretación en la tradición judía. Jesús no viene a abolirla, sino a darle toda su ampli-

tud y su plenitud. Viene sobre todo a darle su sentido vinculándola a su propia persona. «Pero yo os digo» (Mt 5, 22 28 32 34 39 44). Sin embargo, hay varias maneras de recibir la ley. Esta la ley proclamada por Moisés, con la objetividad y el despojo del legislador que se borra por completo ante la verdad de la voluntad de Dios. Esta la ley transmitida por los hombres que forzosamente mezclan con ella sus puntos de vista, combinando lo más puro con lo más dudoso. «Habeis oído» (Mt 5, 21 27 33 38 43). Y esta la ley tal como Jesús la vive y la proclama. Jesús no se sitúa fuera o por encima de ella. Al contrario, la sigue fielmente y la asume totalmente en serio, pero sabe mejor que ella, por así decirlo, lo que ordena. Encuentra en sí mismo lo que ella pide y llega hasta el fondo de sus exigencias. Porque no hay que separar la proclamación de la ley por Jesús del acontecimiento que anuncia. La ley cumplida en su plenitud es exactamente el reino de Dios, la voluntad de Dios que penetra y transforma el corazón del hombre. También en este sentido la palabra de Jesús sobre la ley tiene algo de sacramental: hace que suceda lo que ella exige. Aquel que, en el sermón, enseña a sus discípulos a decir a Dios «Hagase tu voluntad» (Mt 6, 10), va a realizar esa ley a costa de su vida (Mt 26, 42) y al mismo tiempo va a permitir que finalmente venga el reino de Dios. Cuando Jesús declara «No desaparecera una sola letra o un solo acento de la ley antes que desaparezcan el cielo y la tierra, antes que se realice todo» (Mt 5, 18), enuncia al mismo tiempo la exigencia integral de Dios y el cumplimiento que él viene a traer.

EL SABIO Y EL REVELADOR: SALOMON Y JESUS

Como Jesús se identifica por completo con la ley, es a la vez el que la proclama con todo su ser y con toda su autoridad y el que la cumple con todo su corazón y todas sus fuerzas. Realiza su experiencia inmediata y total con todo su cuerpo y toda su vida. Une de este modo en su persona a dos personajes de la tradición bíblica, al legislador que es Moisés y al sabio que es Salomón. La sabiduría bíblica

alcanza su cima identificandose efectivamente con la ley (Eclo 24, 23) No ya solamente en la teoria, por el hecho de que las dos convergen, sino porque la practica vivida de la ley es exactamente la sabiduria, donde el hombre alcanza su perfeccion y su plenitud delante de Dios y delante de los hombres (Lc 2, 52)

Por eso mismo, el sermon de la montaña une estrechamente la palabra de Jesus sobre la ley (Mt 5, 17-48) con la palabra de sabiduria, las bienaventuranzas Las bienaventuranzas son una de las formas de expresion favoritas de los sabios para comunicar sus lecciones Designan un exito, un ideal realmente alcanzado Suponen una experiencia y proponen llegar a ella Al abrir su discurso con las bienaventuranzas, Jesus empieza dando el tono Todavia con mas acierto que Moises al final del Deuteronomio, dice a sus discipulos «El mandato que hoy te impongo no es imposible para ti, ni esta lejos de tu alcance» (Dt 30, 11) Jesus lo sabe y lo vive, puede dar ese mandato porque no

esta ni en el cielo ni a la otra orilla del mar (Dt 30, 12s), sino que lo vive con los suyos

La sabiduria de Jesus se expresa igualmente en una forma que le agrada, la parabola Tambien en la parabola hay algo que se parece al sacramento La parabola no es solamente una imagen afortunada sacada del mundo de las realidades concretas Evoca una situacion y anuncia un porvenir Las parabolos apuntan siempre hacia el reino, pero no lo pueden describir, puesto que se trata de una experiencia todavia por hacer Toman al hombre con sus preocupaciones, con sus esperanzas de cada dia al panadero que prepara su masa, al agricultor que va a sembrar, a la joven que se viste para la boda, al gerente que va a presentar cuentas En la existencia mas sencilla, en la mas vulgar, hay algo que permite vislumbrar lo que puede ser un Dios actuando, un creador inclinado sobre la figura que va a tomar su obra Tambien aqui la palabra de Jesus es el anuncio de un acontecimiento a punto de madurar

B. Los gestos

En mas de una ocasion, la palabra de Jesus hace algo mas que anunciar o preparar, actua, produce en el mundo unos resultados inmediatos y visibles Los mas frecuentes son los milagros, los mas significativos son quizas los gestos de perdon Los unos y los otros toman ya la figura misma del sacramento, de una palabra eficaz que produce el efecto que enuncia

LOS MILAGROS

Los evangelios relatan dos categorias de milagros Algunos no hacen mas que mencionarlos son muy numerosos, pero siguen siendo anonimos y localizados de una manera muy vaga Pero tienen su importancia a los ojos del narrador que insiste en su numero y en sus consecuencias la gente acude en masa alrededor de Jesus (Mt 4, 23-25, 8,

16-18, 12, 15) Se trata siempre de curaciones El lector moderno se siente quizas menos impresionado por esta abundancia, en la que sospecha cierta dosis de convencionalismo, pero tiene que evitar caer en un prejuicio demasiado rapido Esos «baños de multitud» no hacen de Jesus un simple curador excepcionalmente dotado Son «baños de miseria», inmersiones constantemente renovadas en la miseria de los hombres Mt 8, 17 se complace en destacar este aspecto de solidaridad y de servicio «Curaba a todos los enfermos, para que se cumpliera lo que habia sido dicho por el profeta Isaias 'Tomo sobre si nuestras debilidades y cargo con nuestras enfermedades'»

Al lado de esta masa anonima, los evangelios nos cuentan todos ellos una serie limitada de milagros particulares, ofreciendo cada uno algun que otro detalle concreto, y representando, por asi decirlo, todo un abanico de enfermedades y de dolencias corrientes posesion (Mc 1, 23), fie-

bre (Mc 1, 30), lepra (Mc 1, 40), parálisis de las piernas (Mc 2, 3) o de la mano (Mc 3, 1), hemorragias (Mc 5, 25), muerte (Mc 5, 35), sordera y mutismo (Mc 7, 32), ceguera (Mc 8, 22), convulsiones (Mc 9, 20). Sin duda este abanico representa aquí a la muchedumbre de enfermos curados, pero representa también el estilo de Jesús al curar. No tiene nada de mecánico o de impersonal, todos estos relatos recogen un diálogo, aun cuando la palabra de los endemoniados podría decirse que se les arranca a la fuerza, o aunque sea el mismo Jesús el que libere a la mujer muda de miedo (Mc 5, 33). También es notable el papel que representa la fe en algunos de esos milagros (Mc 2, 5, 5, 34, 5, 36, 7, 29, 9, 23s, 10, 52), particularmente en aquellos en los que Jesús parece ir más allá de las reglas establecidas. Casi siempre Jesús, por su palabra, da el sentido del gesto que va a realizar y lo pone en relación con la petición del hombre.

El sentido es doble: el milagro revela en Jesús su fuente normal, la emoción (Mc 1, 41, 8, 2), la sensibilidad ante la miseria o ante la fe, pero es también el signo del acontecimiento que viene, del mundo nuevo en que Dios enjugará todas las lágrimas (Is 25, 8, Ap 7, 17).

A las curaciones hay que añadir algunos otros signos más particulares, en los que Jesús manifiesta su poder sobre los elementos: la pesca maravillosa (Lc 5, 1-11), la tempestad calmada (Mc 4, 35-41), su paseo sobre las aguas (Mc 6, 48), la multiplicación de los panes (Mc 6, 35-44, 8, 1-10). Aunque estos signos plantean quizás al lector moderno más problemas que las curaciones, no sucedía así con los evangelistas, que los cuentan dentro de la misma perspectiva: manifestar la solicitud de Jesús para su pueblo y significar la venida del reino de Dios.

Una palabra podría resumir esta atención y esta esperanza: la vida. El evangelista Juan puso constantemente de relieve esta relación entre los gestos de Jesús y la vida que trae al mundo: da el agua viva a los que tienen sed (Jn 4, 10, 7, 38), el pan de vida a los que tienen hambre (Jn 6, 35, 48, 51), la luz de la vida al que lo sigue (Jn 8, 12), la abundancia de vida a sus ovejas (Jn 10, 10), el mismo es la resurrección y la vida (Jn 11, 25). Casi todas estas declaraciones acompañan o preparan a sus milagros y les dan todo

su valor de signos: signo de la persona que es el y signo del don que nos trae. También aquí la palabra y el signo son inseparables y figuran ya el sacramento. Y lo figuran bajo un aspecto particular: los signos realizados por Jesús en este evangelio recaen a menudo sobre las realidades elementales de nuestro mundo: el agua (Jn 2, 1-10, 5, 1-9, 6, 16-21, 9, 6s), el pan (6, 1-13). Los gestos más sencillos se hacen portadores de las realidades esenciales y de los últimos destinos, la luz o la noche, la muerte o la vida.

Sin embargo, este rasgo tan típico de Juan no deja de tener analogías con los sinópticos. También en ellos la vida es el valor supremo y el asunto que lleva entre manos Jesús. Antes de curar al hombre de la mano seca, Jesús les pregunta a los espectadores sentados en la sinagoga: «¿Que está permitido en día del sábado salvar una vida o matar?» (Mc 3, 4). Salvar la vida, salvar las vidas que se pierden: tal es la misión propia del hijo del hombre. Es esta una convicción tan profunda en los lectores de los evangelios que introducen fácilmente esta expresión incluso donde no es original (cf. Mt 18, 11, Lc 9, 55), pero responde efectivamente al lenguaje mismo de Jesús cuando es cuestión de perder o de salvar (Mt 8, 25, 18, 14, Lc 15, 6, 9, 24).

EL PERDON DE LOS PECADOS

Perder o salvar, perecer o vivir, puede designar al mismo tiempo la existencia física y la experiencia espiritual. No es que la una y la otra sean idénticas. Están los que pueden matar el cuerpo y el que puede hacer morir juntamente el alma y el cuerpo en la gehenna (Mt 10, 28), pero el Dios de la vida eterna, el «Dios de los vivos» (Mt 22, 32), está siempre del lado de la vida. Tal es el sentido de todos los milagros y, más claramente todavía, el sentido del episodio que asocia estrechamente la salvación del cuerpo y el perdón de los pecados, la curación del paralítico (Mc 2, 1-12). El interés de este episodio radica en que demuestra que, para el mismo Jesús, la curación no es más que un signo y sigue siendo secundaria respecto al perdón. Puesto que cura y hace de la curación la prueba de su poder sobre los pecados, se necesita al mismo tiempo que haya un

vinculo profundo entre la curacion y el perdon y que la curacion venga solo en segundo lugar, al servicio del perdon. Y de hecho, cuando Jesus habla de su mision y de lo que el ha venido a hacer, no menciona los milagros, sino su mision con los pecadores (Mc 2, 17, Lc 19, 10)

Sin embargo, si el perdon tiene para Jesus esa importancia primordial, sigue siendo raro en los evangelios. Aunque incluyamos entre las escenas de perdon aquellas en que no se pronuncia esta palabra, pero si esta presente su realidad, como las palabras de Jesus a Zaqueo (Lc 19, 9) y a la mujer adúltera (Jn 8, 11), la cuenta se hace enseguida. Y si se observa que, en el episodio de la pecadora en casa de Simon, la frase de Jesus «Se perdonan tus pecados» (Lc 7, 48) parece ser un duplicado de la final «Tu fe te ha salvado» (Lc 7, 50) y que podria ser un añadido del evangelista, se tiene la impresion de que se reduce a casi nada el terreno del perdon.

Esta impresion no tiene que inquietarnos. No es sorprendente que sean raros los casos de perdon, y no hay ninguna razon para generalizar los pocos ejemplos que nos quedan. Si es verdad que Jesus, por la mision recibida y por su misma opcion deliberada, dedica preferentemente su atencion a los pecadores, y a los que son considerados como tales, «los pecadores y los publicanos» (Lc 5, 27-32, 15, 1s, cf. 19, 7), es excepcional que proclame «Se perdonan tus pecados». Y es facil comprender esta reserva. Pertenecia al mismo orden que su primera reaccion ante la suplica de la cananea por su hija enferma «No he sido enviado mas que a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt 15, 24). Lo mismo que la mision de Jesus no va mas alla de los limites de Palestina y solo se extendera al mundo entero despues de su resurreccion, asi el perdon de Dios no puede venir mas que con su reino, y para que venga ese reino es preciso que Jesus llegue antes hasta el fin de su existencia y de su mision. Si el perdon se concediera ya antes, si el reino llegara antes de que Jesus acabara su obra, entonces no dependeria ya de su persona y del don de su vida. Perderian su sentido todos aquellos «es necesario» de los evangelios.

Pero tambien es un rasgo tipico de Jesus que su presencia suscite ya la fe y produzca signos. Las curaciones son

esos signos y tienen que ser relativamente frecuentes, puesto que basta para que vengan con pedir las con un minimo de fe. Se necesita algo mas cuando se trata de un pagano, de una persona extraña al pueblo de Dios. Y como se ve bien en el caso del centurion preocupado por su servidor (Mt 8, 6) o de la cananea angustiada por su hija (Mt 15, 22), se trata de algo distinto de la necesidad personal y casi animal de vivir el amor materno, la simpatia fraternal por otro, un don de si mismos que, puestos en presencia de Jesus, se convierten en fe, una «fe grande» (Mt 15, 28), la fe de los hijos de Abraham (Mt 8, 11). Los ejemplos de perdon en los evangelios son del mismo orden: son raros, sin que sean excepcionales. Si Jesus se manifiesta de buena gana en compania de pecadores y publicanos (Mt 9, 10s, 11, 19, Lc 15, 1s), de pecadoras y prostitutas (Lc 7, 37, Mt 21, 31s), es que se encuentra acogido por ellos y, por consiguiente, que el perdon de Dios ha venido sobre esas personas. El perdon ha venido con el, con su mision.

Se advertiran igualmente, en los pocos casos de perdon explicito, ciertos rasgos que anuncian el sacramento dado en la iglesia. Esta en primer lugar su caracter publico, si no de la confesion (ausente en el paralitico de Mc 2, 1-12), al menos del perdon proclamado por Jesus, y que se encuentra de nuevo en el caso del bautismo, recibido siempre delante de los hombres. Es ademas la manera que tiene Jesus, utilizando el «pasivo divino» «Se te perdonan tus pecados» (Mc 2, 5, Lc 7, 48), de manifestar que «si el hijo del hombre tiene poder de perdonar los pecados en la tierra» (Mc 2, 10), ese poder se debe a su mision, al papel que viene a representar, y que por tanto en definitiva le viene de Dios. «Solo Dios puede perdonar los pecados» (2, 7). Jesus no lo niega, sino todo lo contrario, pero Dios puede entregar tambien ese poder a su enviado. El titulo de hijo del hombre, el unico que Jesus se permitio tomar, evoca una figura paradójica: venido del cielo, investido del poder de Dios, domina sobre todas las potencias de la tierra, sumergido en un total anonimato, tiene su destino confundido con el de la humanidad, de manera que en el limite no es posible excluir esta traduccion: «El hombre tiene poder de perdonar los pecados», que es lo que efectivamente les dira Jesus resucitado a sus discipulos (Jn 20, 23). El sacramento toma aqui la figura de un personaje humano.

C. Nacimiento de la fe

Los milagros suponen siempre un mínimo de fe; sin ese grano minúsculo, «Jesús no podía hacer ningún milagro» (Mc 6, 5). Cuanto más viva es la fe, más apela al milagro, y la finalidad que busca Jesús en los signos es la fe. Su sorpresa es la de ver que, a pesar de tantos ejemplos, la fe es muy lenta en venir: «¿No tenéis todavía fe?» (Mc 4, 40); «¿Todavía no comprendéis?» (Mc 8, 21). «Todo es posible al que cree» (Mc 9, 23). ¿De qué sirve dar pan hasta que se harten, si los que lo reciben son incapaces de ver en ello un signo de Dios? (Jn 6, 26). Porque la obra de Dios, la que él confía a su Hijo, es que el hombre crea (Jn 6, 29). El signo tiene, por así decirlo, dos efectos: uno del lado de Dios, la venida de su reino; otro del lado del hombre, la fe. Los dos son inseparables, aunque el reino tiene la prioridad. La venida del reino y de sus signos hace nacer la fe, pero el que se niega a creer no entra en el reino que viene. También aquí aparece esa relación entre el sacramento y la fe. El bautismo es el sacramento de la fe, porque es el signo del reino que está ahí, pero sólo es posible darlo cuando hay seguridad de que está presente la fe: «¿Creéis...?». Esta es la manera de actuar de Jesús.

LOS DISCIPULOS

No parece que los discípulos fueran la preocupación principal de Jesús. Nunca se le oye decir que hubiera venido a constituir un núcleo de discípulos, una comunidad de fieles. Su mirada desborda todos los límites que constituirían un grupo. Piensa en Israel y en su destino, pero si se siente profundamente apegado a su pueblo, también puede decirse que, a través de sus hermanos de raza, intenta alcanzar al hombre. De la ley conserva el decálogo, los imperativos de la conciencia; de los profetas recuerda a la vida de Sarepta, a Naamán de Damasco y a Jonás de Ninive. Cuando deja su familia, no es para sustituirla por una comunidad semejante. Es verdad que, cuando sus parientes le urgen para que vuelva a su lado, recorre con su

mirada el círculo que le rodea antes de responder: «He aquí madre y mis hermanos», pero añade inmediatamente que ese círculo no tiene límites: «El que cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana, mi madre» (Mc 3, 34s). Ha venido para Israel y para sus ovejas perdidas (Mt 15, 24; cf. 10, 6), y no parece ocuparse del resto del mundo, pero se abstiene radicalmente de abrir a su pueblo las perspectivas de cualquier tipo de porvenir. Entre el reino de Dios y la suerte de Sodoma y Gomorra, no propone ninguna imagen concreta. Sus discípulos, por su parte, no pueden menos de soñar, de esperar que va finalmente a «liberar a Israel» (Lc 24, 21) y a «restaurar el reino» (Hch 1, 6). Jesús está muy lejos de esas ilusiones.

Sin embargo, los discípulos no son en la acción de Jesús un aditamento secundario. Ocupan un lugar importante, capital. Su actividad es inseparable de su presencia. En Marcos y en Mateo (Mt 4, 18-22; Mc 1, 16-20), el comienzo de su mensaje propio, el anuncio del evangelio y del reino, coincide con la llamada de los cuatro pescadores del lago de Genesaret. Es el primer episodio que se describe de forma concreta. El evangelio de Juan se remonta más arriba, a un tiempo en el que Jesús se encuentra todavía en las proximidades del bautista (Jn 1, 35s), y esta versión es quizá más antigua que la de los sinópticos. La vocación junto al lago y la respuesta inmediata de los cuatro compañeros se explican más naturalmente si hubieran tenido ya antes algunos encuentros con Jesús.

¿Por qué Jesús se hacía acompañar de los discípulos desde sus primeros gestos? Marcos lo explica en el momento, ciertamente posterior, en que Jesús escoge a los doce de entre los discípulos: «Llamó a los que quiso. Acudieron a él y estableció a doce de ellos para que estuvieran con él y enviarlos a predicar» (Mc 3, 13s). Jesús «hizo a los doce» lo mismo que había «hecho pescadores de hombres» (Mc 1, 17). Se trata de una palabra buscada expresamente, que evoca una acción deliberada y de un tipo único, que forma parte de la obra que Jesús viene a cumplir, que hace surgir en el mundo una realidad nueva.

El primer objetivo de esta accion es «para estar con el» Este «estar con» recuerda en cierto modo a los discipulos de los rabinos que compartian la existencia de su maestro, pero los rabinos vivian en sus casas y sus discipulos vivian a su lado para velar por su comodidad y facilitar su trabajo Por el contrario, Jesus «no tenia donde reposar su cabeza» (Mt 8, 20) y estaba en medio de los suyos «como el que sirve» (Lc 22, 27)

Los discipulos de los profetas compartian tambien, si no siempre la existencia, al menos muchas veces el destino de su maestro, pero su mision primera era la de retener su mensaje y transmitirlo despues de ellos Es lo que hizo Baruc, el discipulo de Jeremias (Jr 36, 4-32), o los discipulos a los que Isaías confiaba sus palabras como si se tratara de un documento sellado «Encierra el atestado, sella la enseñanza entre mis discipulos» (Is 8, 16) Es el vocabulario de lo escrito de la transmision literal Los discipulos de Jesus no pertenecen a esta categoria, y nunca les invita el a que retengan sus palabras para transmitir las luego exactamente No vive para el futuro sino en el presente, para el acontecimiento que viene y que viene precisamente con el

Los discipulos estan justamente allí para este acontecimiento, para captar y decir a su manera lo que tiene de unico y de inimitable Para ello se necesitan hombres simples y sensibles, cerebros nuevos y vacios de ideas preconcebidas, companeros de cada instante, capaces de vivir con el dia y noche, de verle vivir y reaccionar Para dar de el una vision directa, para hablar de el de una manera natural y espontanea, sin tener necesidad de crear un personaje Para ser esos testigos familiares, capaces de hacer revivir sin artificio el rostro y la realidad de Jesus

Los discipulos estan allí para ser, sin haberlo buscado siquiera, la primera expresion del acontecimiento que trae Jesus y de la accion que produce Su mismo numero es ya simbolico *evoca a los doce hijos de Jacob y a las doce tribus de Israel* Es verdad que Jesus quiso a los doce Es preciso que quisiera el esa cifra, para que, a pesar del recuerdo de Judas, no piensaran nunca en modificarla Existen todas las probabilidades para que, al escoger ese numero, Jesus, «haciendo a los doce» quisiera llevar a su

cumplimiento la obra emprendida por el Dios de Abraham llamandolo a abandonar Ur de Caldea

«Hacer a los doce» no era solamente poner a doce companeros en una situacion determinada Era hacer de ellos, de su presencia tras el, el signo del acontecimiento que traia El evangelio de Lucas pone fuertemente de relieve este vinculo significativo Entre sus discipulos, Jesus escogio a doce (Lc 6, 13), bajo de la montaña con ellos, se detuvo en medio de «una muchedumbre» llegada de todo el pais (6, 17), y finalmente, «con los ojos fijos en sus discipulos» (6, 20), pronuncio las bienaventuranzas «Dichosos, vosotros, los pobres » (6, 20s) Las palabras van destinadas a la gente, sin que se excluya a nadie de esta llamada, pero se encuentran ya verificadas por los discipulos que rodean al maestro Ellos son el signo de que la palabra de Jesus es eficaz y de que el gozo prometido es ya real para los que le siguen Una palabra eficaz que produce una realidad sensible es el mundo del sacramento Ese pequeno grupo de pobres es efectivamente el germen de la iglesia

Si la presencia de los doce en torno a Jesus atestigua que el reino esta ya actuando en el mundo, y si el reino esta destinado a todo el pueblo, no basta con que los doce formen una figura inmovil, un grupo de apariencia bonita, es preciso que los doce se sientan arrebataados por el movimiento del reino que viene es preciso que los testigos partan a anunciarlo y que Jesus los envíe El mensaje que les encarga es exactamente el mismo que el proclamaba en sus comienzos en Galilea «Arrepentios, el reino de Dios esta cerca» (Mt 10 7 Lc 9, 2, cf Mt 4, 17)

Resulta muchas veces dificil, en los evangelios, distinguir los rasgos propios de este primer envio y los que caracterizan la mision de los discipulos despues de la resurreccion Los propios evangelistas, Mateo en primer lugar, se empeñan en subrayar la continuidad entre los dos momentos Sin embargo, la presencia en Mc 6, 8-13 de un conjunto simple y coherente permite representarse, sin violentar para nada el texto, lo que se llama muchas veces «la mision prepascual» unos hombres enviados de dos en dos, una marcha sin preparativos, un itinerario cercano, una vuelta rapida, una acogida variada pero nunca peligrosa, un mensaje sencillo, la ausencia de comunidades instituidas No

se puede todavía hablar de iglesia, sino quizás tan solo de un primer esbozo de nuestros evangelios, al menos bajo la forma arcaica de colección de palabras de Jesús

LA CONFESION DE PEDRO

Por el contrario, nos encontramos ya mucho más cerca de la iglesia con las dos «confesiones» de Pedro, la de Cesarea en los sinópticos y la de Cafarnaúm en Juan (Jn 6, 66-71). Entre los dos episodios no hay una relación directa, pero hay en todo caso un parentesco real. En los dos Jesús se encuentra solo con sus discípulos. Una distancia busca expresamente, unos malentendidos insuperables, unas oposiciones concertadas, los textos son demasiado elípticos para permitirnos decidir sobre ellos. El hecho es la diferencia que se encuentra en los dos episodios entre «ellos» y «vosotros» (Jn 6, 67), entre «la gente» y «vosotros» (Mc 8, 27s). Y que en ambos casos la declaración de Pedro es una respuesta a una cuestión planteada por Jesús. Esta pregunta se refiere, según los sinópticos, al problema de la identidad de Jesús «¿Quién soy yo?», según Juan, a la decisión que hay que tomar sobre él, seguirle o dejarle. Si la respuesta es diferente, tiene finalmente el mismo sentido: reconocer en Jesús al mesías de Israel o ponerse a seguirle es en el fondo lo mismo. Y la explicación que, según Juan, da Pedro de la decisión de los discípulos comprende igualmente la proclamación de un título. Entre el «tú eres el Cristo de Dios» de Lc 9, 20 y el «tú eres el santo de Dios» de Jn 6, 69, la diferencia es mínima, hasta el punto de que no se puede excluir el paso de la una a la otra. Este paso es posible precisamente porque la situación es la misma y la confesión idéntica. Ese hombre al que decimos «tú» pertenece a Dios y nos viene de Dios. Se nos ha dado para que, uniéndonos a él, respondamos a la llamada de Dios.

Aun cuando las fórmulas no se encuentren literalmente en las confesiones de la iglesia naciente (santo de Dios solo se encuentra en Lc 4, 34 = Mc 1, 24), es cierto que tanto la una como la otra son ecos de expresiones familiares a los primeros cristianos y que, al ponerlas en labios de

Pedro, los evangelistas han querido mostrar la identidad de la misma fe, lo cual acusará más fuertemente todavía el complemento de Mt 16, 16 «Cristo, el Hijo de Dios vivo». Pues bien, precisamente esa identidad no tiene nada que ver con un artificio, sea cual fuere la palabra exacta empleada aquel día por Pedro, la palabra que enuncia y la actitud que toma son ya hechos de iglesia. En un sentido real, la iglesia nace en Cesarea de Filipo, allí pronuncia sus primeras palabras y da sus primeros pasos. Porque la iglesia son los hombres que dicen su fe y hacen unos gestos. Pedro no repite las palabras de Jesús, ni reproduce sus gestos, hace una opción, da una respuesta, encuentra un lenguaje. Sin tener, propiamente hablando, la iniciativa, ya que Jesús es el que la toma y es el Padre el que ofrece a Pedro su respuesta (Mt 16, 17), Pedro sin embargo saca de sí mismo, de su fe de judío, de su afecto a Jesús, de su generosidad personal, la adhesión que lo vincula con Dios a través de su Cristo. Este movimiento de la fe es exactamente el de la iglesia. La diferencia más visible es que aquí Cristo está presente en su carne, mientras que en la iglesia ha desaparecido, y esta presencia explica sin duda que no se mencione al Espíritu, ya que el Espíritu no se manifiesta en su originalidad más que en ausencia de Jesús. Sin embargo, ya desde el momento en que Jesús es portador de la plenitud del Espíritu (Lc 4, 14-18), es el Espíritu Santo el que le da a Jesús la iniciativa de la pregunta planteada en su mejor momento, y a Pedro la respuesta verdadera, la que dice la verdad de Cristo y la realidad de la fe.

La confesión de Cesarea no parece tener nada que ver con el sacramento: no hay ni elemento físico ni signo de nada más. La realidad es inmediata y visible: se trata de un intercambio de palabras, de la pregunta que procede de Dios y de la respuesta de la fe. Todo está claro: la postura de los personajes, el sentido de las palabras, la experiencia vivida en los corazones. Sin embargo, la relación con el sacramento es fácil de percibir. La más clara es su relación con el bautismo.

Es posible vislumbrarla señalando el parentesco entre la confesión de Pedro y la profesión de fe que la iglesia exige a la persona que va a bautizar. Todo hace pensar que el lugar propio de las confesiones de fe recogidas en los escritos apostólicos del Nuevo Testamento es la litur-

gia bautismal. Aun hoy esta hecha esencialmente de esas preguntas que preparan el rito del agua. Y si el agua no figura en Cesarea y solo se trata de la pregunta, es porque aquí la pregunta es planteada directamente por Jesús, porque la fe de Pedro aparece visiblemente dada por Dios y verificada por Jesús. No hay necesidad de un gesto sacramental, dado que se produce la realidad habitualmente aludida por ese gesto. No hay todavía sacramento en el sentido estricto de la palabra, mientras Jesús sigue viviendo en medio de los hombres, en contacto directo con ellos. Pero lo que hace con ellos es exactamente lo que la iglesia espera y recibe cuando da el bautismo: el nacimiento de la fe.

Entre el camino que Jesús ha hecho recorrer a sus discípulos, desde su primera llamada hasta Cesarea, y el camino por el que según los Hechos y las cartas apostólicas la iglesia hace pasar a los hombres que admite al bautismo, se da una verdadera identidad. Seguramente, ya desde los primeros documentos que poseemos, ese camino parece más corto en los candidatos al bautismo —e intentaremos saber por qué—, pero en sustancia es el mismo. Como punto de partida, un encuentro, el descubrimiento de alguien cuyo nombre quizás se conoce, pero no mucho más, viene luego una primera respuesta: se le va a ver (Jn 1, 39-46), se pone uno a seguirle (Mc 1, 17, 2, 14, Jn 1, 43). Viene entonces una serie de experiencias distintas y muchas veces difíciles de comprender y de ordenar: milagros sorprendentes y a veces espectaculares, como la multiplicación de los panes; pero que no tienen luego consecuencias, y que el mismo Jesús parece haber dejado a la sombra, una fuerza que reúne a las turbas, pero que se niega a explotar su entusiasmo: una veneración profunda por la ley de Israel y por las grandes figuras de su historia, unida con una independencia respecto a las autoridades religiosas que llega hasta la agresividad. De este contacto al mismo tiempo impresionante y preocupante nace una adhesión profunda en la que se conjugan la fe del creyente judío con la fidelidad del discípulo a un maestro único. Hay una palabra que puede resumir este itinerario: el personaje de Jesús, sus gestos y sus palabras, llevar a Pedro y a sus camaradas al acto de fe en Cesarea. Y Jesús toma inmediatamente en serio este compromiso descu-

biendo a los suyos hasta donde les va a conducir. El camino que conducirá al bautismo a los nuevos creyentes no será realmente distinto, como se verá mejor estudiando los *Hechos de los apóstoles*, pero ya desde ahora podemos descubrir sus líneas. El anuncio del evangelio los pondrá en contacto con la persona de Jesús, la enseñanza de sus palabras y de sus gestos los iniciará en los rasgos propios de la conducta cristiana, la presencia de la comunidad constituirá la verificación recíproca de su actitud y los preparará a la confesión definitiva y al rito de la iglesia. La diferencia está en que los discípulos de Jesús hicieron ese camino bajo su mirada y en la fuerza que les daba su presencia visible, mientras que los candidatos al bautismo lo recorren bajo la mirada de la iglesia, escuchando su palabra, siguiendo sus instrucciones, iniciándose en su estilo. Pero si hay sacramento, es que la palabra de la iglesia es la de Dios, que su enseñanza es la del Señor, que su forma de vivir es la del Espíritu. Por eso el bautismo se da en el nombre de Jesús, porque a través de las palabras y de los gestos de la iglesia, la fuerza que da la fe y suscita la adhesión es la del Señor Jesús. Lo que él hizo durante su vida con Pedro y sus discípulos, lo vuelve a hacer en todos los bautizados por la misma fuerza del Espíritu.

EL FUTURO DE LOS DISCÍPULOS

¿Que futuro ofrece Jesús a los discípulos que ha reunido? Sus palabras de envío a misionar no parecen tener en cuenta más futuro que el del mismo Jesús. El acontecimiento que tienen que anunciar es el mismo cuya venida proclama Jesús, el reino de Dios (Mt 9, 35, cf. Mc 6, 12, Lc 9, 6). Por otra parte, su misión es provisional y los discípulos no se separan verdaderamente de Jesús. Marchan «delante de él» (Lc 10, 1) y vuelven a su lado al terminar su misión.

Sin embargo, hay dos textos que consideran la persistencia del grupo después de la desaparición de Jesús: el

discurso «comunitario» (Mt 18) y el discurso sobre el fin de Jerusalén y del templo (Mt 24, 4-36; Mc 13, 5-37; Lc 21, 8-36). Pertenece a la comunidad establecer y mantener una regla de vida y un estilo de relaciones entre los hermanos. En ausencia de Jesús, sus discípulos deben esperar tener que enfrentarse con los mismos adversarios que él, las potencias establecidas de este mundo, reyes, gobernadores, tribunales. Jesús, por su parte, no estará ya con ellos de forma visible; sin embargo, estará muy cerca, «en medio de los que se unen para rezar» (Mt 18, 20), presente por el Espíritu Santo al lado de los que tengan que dar testimonio de él (Mc 13, 11; cf. Mt 10, 20; Lc 12, 12).

Estas palabras muestran que Jesús, en el momento en que va a abandonar a los suyos, prevé que éstos continuarán su obra, o mejor dicho que Dios la proseguirá con ellos. Se trata de la iglesia. La iglesia nace de la convulsión producida en los discípulos por el choc de la resurrección de Cristo. Forma parte del futuro que esperaba Jesús para los suyos, de la consumación de su obra.

Sin embargo, el plan que él traza de esta consumación difiere sensiblemente de lo que será la realidad de la iglesia desde sus primeros pasos. Y si esta diferencia resulta preciosa, dado que confirma la autenticidad de los anun-

cios, también ayuda a comprender la originalidad de los sacramentos respecto a la acción de Jesús.

Efectivamente, los sacramentos no aparecen en el cuadro que Jesús traza de la comunidad que ha fundado. No solamente está ausente la palabra, que tampoco aparece en todo el Nuevo Testamento, sino también los gestos típicos de la iglesia naciente: el bautismo, la imposición de manos, el perdón de los pecados. Nada de esto se evoca en los evangelios. Se diría que el grupo de los discípulos va a seguir llevando la existencia que vivía en torno a Jesús. En condiciones nuevas y difíciles, obligados a estrechar sus manos, a enfrentarse con unos adversarios terribles, a tener sus ojos fijos en el maestro y a aguardar su retorno con paciencia y con vigilancia. No cabe duda de que el anuncio del Espíritu Santo forma parte de este programa, y le da una consistencia imposible de calcular de antemano. Pero se trata precisamente de un puro don desde arriba, que ningún gesto humano es capaz de preparar en lo más mínimo. El horizonte de estos textos no es el de los sacramentos. Es una constatación al mismo tiempo alentadora y provocativa. Alentadora, porque estos textos no se construyeron para justificar las prácticas de la iglesia. Provocativa, pues de lo contrario, ¿cómo explicar el nacimiento de los sacramentos en la iglesia ya desde sus comienzos?

2

EL CUERPO ENTREGADO Y RESUCITADO

Para la pregunta formulada al final del capítulo anterior hay una respuesta. Y es una respuesta clara. El sacramento no pudo existir antes de que Jesús llegara hasta el final de su misión y de su obra, es decir, antes de que diera su vida. Hasta aquella hora, su hora, Jesús no podía dar más que signos, bajo una forma profética. Cuando reúne a una comunidad, cuando devuelve la salud y la vida, cuando suscita la fe de Jairo o de la cananea, cuando perdona a la pecadora, cuando multiplica los panes para alimentar a la gente, sus gestos y sus palabras tienen algo de sacramento, producen un efecto en los cuerpos y en los corazones, hacen creer y vivir, logran que Pedro y Bartimeo confiesen la verdad de Dios en Jesucristo. Pero no se trata todavía más que de manifestaciones aisladas, y el mismo

Jesús, por así decirlo, no los produce más que bajo la presión de las circunstancias, debido a la emoción, pero sin olvidar el camino que le queda por cubrir antes de acabar su obra.

Ese momento será su hora. La palabra es propia de Juan, pero también los sinópticos conocen la hora de la que no puede escaparse Jesús (Mc 14, 41; Lc 22, 14.53). Propio de Juan es el posesivo «mi hora», «su hora» (Jn 2, 4; 7, 30; 8, 20; 13, 1). Este posesivo dice exactamente la verdad: esa hora, en efecto, pertenece a Jesús. No es que él sea su dueño y pueda disponer de ella a su gusto, sino que va a darle a esa hora, a ese latido del tiempo perdido en el desarrollo de los siglos, su valor único, el peso deci-

sivo que va a transformar y dar un giro a la historia de los hombres En la cena, Jesus lleva a cabo su obra y funda el sacramento

LA PASCUA DE JESUS

Todos los evangelios subrayan la coincidencia entre la pascua judia y la ultima cena de Jesus Y cuentan como se produjo esa coincidencia por el encuentro entre la traicion de Judas y la iniciativa de Jesus Porque los dirigentes de Jerusalem, y los sumos sacerdotes al frente de ellos, si habian tomado la decision de desembarazarse de Jesus (Mt 26, 4, Mc 14, 1, Lc 22, 1, Jn 11, 53), habian previsto al mismo tiempo dejar que pasasen los dias de fiesta, «para evitar agitaciones en el pueblo» (Mt 26, 5, Mc 14, 2, Lc 22, 2) Se presenta Judas para precipitar las cosas proponiendoles la manera de «entregarles a Jesus» (Mt 26, 15s, Mc 14, 10s, Lc 22, 4s) En ese momento del relato, podria creerse que los acontecimientos que van a venir son realmente obra de los sumos sacerdotes y de sus complices, y que, una vez mas, el pecado va a triunfar de la inocencia

Sin embargo, todo se trastorna con el siguiente episodio Jesus aqui toma la iniciativa, y los evangelios ponen de relieve la autoridad y la ascendencia con que envia a sus discipulos a preparar la pascua «¿Donde quieres para comer la pascua? Id Preparad Yo como la pascua Yo celebro la pascua» (Mt 26, 17-19, Mc 14, 12-16, Lc 22, 7-13) Y, punto por punto, se van realizando todas las indicaciones de Jesus, podra comer, tal como el quiso, la pascua con sus discipulos

Podria creerse que esta insistencia de los evangelios en el cumplimiento inmediato de las palabras de Jesus va destinada solamente a mostrar como Jesus se aprovecha de estos ultimos instantes de libertad y mantiene hasta el final su dominio de si mismo y su atencion a sus companeros Seguramente es asi, pero hay mucho mas todavia Si Jesus se preocupa tanto de que se prepare esta pascua, es porque va a ser para el mismo el acontecimiento decisivo, el que lo va a cambiar todo, para el y para el mundo

Un signo de este cambio es que, despues de haber puesto de antemano el acento en la pascua, el relato parece olvidarse por completo de ella a partir del instante en que Jesus se sienta a la mesa La palabra aparece cuatro veces en el episodio de los preparativos, figura, ademas, en Lc 22, 14s, en el momento en que Jesus, «habiendo llegado la hora», ocupa su lugar y declara «He deseado ardentemente comer esta pascua con vosotros antes de sufrir» Luego desaparece, y desaparecen igualmente los ritos caracteristicos del banquete pascual las hierbas amargas, el cordero asado, hasta el punto que cabe legitimamente preguntarse si realmente aquella noche celebro Jesus la pascua segun el ritual judio y si su ultima cena no fue ya la de la nueva alianza (Lc 22, 20, 1 Cor 11, 25)²

Los relatos sinopticos conservan ciertamente algo mas que unas cuantas huellas de la pascua judia la sangre de la victima, la memoria que ha de perpetuarse, los gestos simbolicos que hay que explicar, el vinculo entre la cena y el acontecimiento que enuncia y significa, la salida de Egipto por un lado y la muerte de Cristo por otro Y esta sobre todo el alcance del acontecimiento la noche en que nacio el pueblo de Israel encuentra su cumplimiento la noche en que el mesias de Israel va a dar su vida³ El relato de la cena tiene como horizonte la pascua judia, pero omite, sin duda voluntariamente, el relato de su celebracion Lo que quiere precisamente es destacar algo que se sale de la practica tradicional Se da un contraste evidente entre los preparativos que son los de la pascua (la sala, los cojines, los manjares previstos son los que los judios suelen disponer para la fiesta) y la descripcion del banquete, en donde los unicos gestos indicados son los que no tienen ejemplo en la tradicion judia Estos son los que deben retener la atencion

² Se sigue discutiendo el hecho de si la cena fue o no el banquete pascual judio Puede verse el estado de la cuestion y los diversos argumentos en X Leon Dufour *Le partage du pain eucharistique selon le Nouveau Testament* Seuil Paris 1982 191 193 225 227 348 351 El autor opta por la negativa pero asi subraya precisamente mas los vinculos de la cena con la pascua

³ R Le Deaut *La Nuit pascale* Biblical Institute Press Roma 1963 Vease el recuadro p 24

Tomar y repartir el pan al comienzo del banquete no tenia nada de extraordinario, nada que pudiera extrañar a los invitados. El niño que en el banquete pascual esta encargado de hacer las preguntas, no tiene nada que decir aqui (cf Ex 12, 26, 13, 8 14). Y el padre de familia no tenia necesidad de añadir, al distribuir el pan «Tomad y comed». Si Jesus añade una explicacion «Esto es mi cuerpo», es precisamente porque este pan es algo distinto de lo que parece ser, y es preciso saber lo que se hace al recibirlo. Y cuando, al final del banquete, en vez de seguir la costumbre y levantar la copa para que ante esta señal todos los participantes levanten tambien la suya y beban juntos, Jesus hace circular su copa personal alrededor de la mesa, diciendo «Bebed todos de ella», es menester que explique este gesto singular: esta copa es la de su sangre.

MI CUERPO ENTREGADO, MI SANGRE DERRAMADA

Si Jesús no hubiera hecho mas que estos dos gestos, sin duda extraordinarios, si se hubiera contentado con dar de comer y de beber un alimento y una bebida inauditas, *no habria llegado a superar la zona de la imaginacion y del mito*. Absorber la sangre de un dios, alimentarse de sus energias vitales, es algo en que puede soñar el hombre, sin que por ello cambie su existencia, pero Jesus pone fin a todos los sueños diciendo «Mi cuerpo entregado, mi sangre derramada». Remite inmediatamente a la realidad, al acontecimiento en que ha entrado y que esta a punto al mismo tiempo de padecer y de construir. Antes de que Judas ponga su mano sobre su cuerpo y lo entregue a los sayones y a los sumos sacerdotes, Jesus, en la plenitud de su dominio y de su libertad, en la serenidad y la intimidad de un banquete festivo, pone su cuerpo en manos de sus amigos. Mientras corre aun la sangre por sus venas, antes de los primeros golpes y las primeras heridas, Jesus da realmente toda la sangre de su cuerpo, se entrega a la muerte.

No es que se suicide. Si el mismo se diera la muerte,

no tendria propiamente nada que dar a nadie. Una vez liquidado tan felizmente el asunto, quizas sus discipulos se escaparían de todas las medidas policiacas. Volverían a encontrarse solamente con sus ilusiones perdidas. Y todo se habria perdido. Todo lo que hubiera podido hacer hasta entonces: los cuerpos curados, los corazones purificados, los espíritus renovados, todo eso no seria mas que un recuerdo sin futuro, una nueva esperanza frustrada. Jesus no se suicida, se entrega a las fuerzas del mal, con plena lucidez y con un dominio absoluto. Y si se entrega, es porque así lo ha dicho y no puede faltar a su palabra. Eso seria hacer ineficaz la palabra de Dios: hipótesis inconcebible. Al entregar su cuerpo y su sangre, Jesus hace mucho mas que condenarse a morir, pone su muerte en manos de los suyos y, a través de ellos, de todas las tribus de su pueblo, de todas las familias de la tierra.

En el momento en que sus manos entregan los trozos de pan consagrado y la copa que sostenían, Jesus deja de pertenecerse, se ha entregado por entero. Ese instante es aquel en que nace el sacramento, en que el don personal y vivo toma la forma de un elemento de nuestro mundo. En todos sus gestos anteriores habia ya algunos rasgos sacramentales: una palabra que curaba, un gesto que perdonaba, una frase que iluminaba, un movimiento que arrastraba. Durante toda su vida, Jesus se estuvo dando, nunca lo vemos reteniendo nada para sí. *Pone su tiempo, su corazón, todos sus dones, al servicio de todos aquellos con los que se encuentra.* Pero hasta su muerte, todos aquellos con los que se encuentra, por muy numerosos que sean, no son mas que un polvo muy pequeño en medio de la masa de la humanidad, y el don que puede hacer tiene que ser forzosamente parcial y limitado. Muere para que el don sea total, resucita, para que alcance a todos los hombres.

Este don total lo consume en la cruz, pero lo pone ya en la cena. La cena, por así decirlo, es necesaria para que el don sea total, enteramente libre de toda constricción, en la atmosfera al mismo tiempo tensa y serena que impregna los relatos de los evangelios. Y se necesita sobre todo que ese don sea recibido, que unas manos se tiendan para acogerlo, que unas bocas se abran para absorberlo. ¿Que es lo que podían comprender los discipulos

del misterio que se abría ante ellos? Pocas cosas sin duda, aunque no hay nada que nos autorice a creerlos inútiles y cobardes «Vosotros habeis estado constantemente conmigo en mis pruebas», les dijo Jesús, a quien no le gustan mucho los halagos (Lc 22, 28) Ellos vieron como alrededor de Jesús iba creciendo el odio, el miedo sienten ahora que el drama se acerca y se preparan a su modo para arrostrarlo Aunque estén aun muy lejos de comprender sus gestos, son capaces de observarlos y de acordarse de ellos Sobre todo porque, en esta ocasión, ellos mismos tienen algo que hacer, tienen un papel que representar tomar, comer, beber Por muy poco que comprendan, no actúan como ciegos, mecánicamente El hecho es que supieron al mismo tiempo retener los gestos de Jesús y el sentido de lo que hacía Gracias a ellos, sabemos por que murió Jesús No porque Judas, Caifas y Pilato lo decidieran, sino porque de antemano Jesús supo hacer de sus gestos el don de su vida Si la muerte de Jesús es algo distinto de la infamia suprema cometida por los hombres es porque en la cena el mismo dio su vida Y si nosotros lo sabemos, es a través de sus testigos

EL DON Y EL PERDON

Jesús dio esta vida por los pecadores y para perdonarles Este perdón se remonta a la cena, y lo sabemos gracias al relato de aquella cena Lucas es el único que señala en el momento de la muerte de Jesús una oración explícita «Padre, perdónales, que no saben lo que hacen» (Lc 23, 34) Aunque no es posible afirmar que haya recogido esta frase de una tradición particular y de un recuerdo preciso, la verdad es que traduce exactamente lo que dan a entender los otros tres evangelios Jesús murió perdonando Desde el momento en que se sienta a la mesa con los suyos, y hasta su último suspiro, no hay en sus labios ni una sola palabra de condenación ni una reacción de rechazo, de distancia o simplemente de impotencia, que pueda significar que él muere solo en su inocencia y deja a los hombres en la otra orilla, en la del pecado Es preciso que la humanidad vea esta muerte para que se conven-

za de que ella no ha sido condenada Pero la cena nos hace remontar a la fuente de ese perdón y nos permite abrazar sus verdaderas dimensiones

Para los tres sinópticos, la cena es a la vez pascua y banquete de alianza (cf recuadro p 23) Para Juan es igualmente pascua (Jn 13, 1) y mandamiento nuevo (Jn 13, 34), contenido concreto de la alianza nueva, amor recíproco y total De la muerte que le viene del pecado de los hombres, pero que recibe de la voluntad del Padre, Jesús hace el acontecimiento capital que Dios preparaba para su pueblo, el día de la reconciliación la llegada del perdón Un texto judío ligeramente posterior, de finales del siglo I, el «poema de las cuatro noches», vincula a la pascua de cada año el recuerdo de las tres grandes noches que habían marcado la acción de Dios en el mundo la creación, la obediencia de Abraham y la liberación de Egipto, junto con la esperanza de la cuarta noche, en la que vendrá el mesías al final de los tiempos a establecer el reino de Dios (cf recuadro, p 24) Si la muerte de Jesús cubre toda la historia, si alcanza a todas las criaturas, es en la cena donde lo descubrimos

Pues bien, la cena es perdón La frase más explícita es la de la institución en Mt 26, 28 «Mi sangre de la alianza, derramada por una multitud en remisión de los pecados» Pero ya Mc 14, 24 evoca esa «multitud» que remite al sirvo de Isaías (Is 53, 11s) y que no implica ningún límite, sino que plantea solamente el contraste entre el sacrificio de uno solo y la multitud de los que se salvan Pero las palabras no se separan de los gestos y el gesto de la cena significa el perdón

Significa el perdón de los responsables Es verdad que ni Judas ni los sumos sacerdotes son mencionados por Jesús, puesto que el perdón no se cumple más que en el encuentro y los responsables no están allí para recibirlo Pero ni siquiera Judas está excluido, y toda la composición del relato de la cena demuestra que, en aquella hora, Jesús pudo transformar en don y en amor la falta más grave que han podido cometer los hombres el rechazo del mesías por Israel, la entrega a la muerte del Hijo de Dios Solo Dios conoce el peso de estos pecados Objetivamente, la humanidad no puede conocer otro más grave Y en el

SINOPSIS DE LOS RELATOS DE INSTITUCION

Mt 26, 26-29

²⁶ Mientras estaban comiendo, tomó Jesús pan y lo bendijo, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: «Tomad, comed, esto es mi cuerpo».

²⁷ Después tomó una copa y dando gracias se la dio diciendo: «Bebed de ella todos,

²⁸ porque ésta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados.

²⁹ Yo os digo que desde ahora no beberé más de este producto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros de nuevo en el reino de mi Padre».

Lc 22, 14-20

¹⁴ Cuando llegó la hora, se puso a la mesa con sus apóstoles ¹⁵ y les dijo: «Yo he deseado con ansia comer esta pascua con vosotros antes de sufrir,

¹⁶ porque yo os digo que no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el reino de Dios».

¹⁷ Luego, tomando una copa, dio gracias y dijo: «Tomad esto y repartiéndolo entre vosotros;

¹⁸ porque yo os digo que no beberé más del producto de la vid hasta que llegue el reino de Dios».

¹⁹ Después tomó el pan y dando gracias, lo partió y se lo dio diciendo: «Esto es mi cuerpo que es entregado por vosotros; haced esto en memoria mía».

²⁰ Después de cenar, hizo lo mismo con la copa, diciendo: «Esta copa es la nueva alianza en mi sangre derramada por vosotros».

Mc 14, 22-25

²² Mientras estaban comiendo, tomó pan y lo bendijo, lo partió, se lo dio y dijo: «Tomad, esto es mi cuerpo».

²³ Después, tomó una copa y dando gracias, se la dio y bebieron todos de ella.

²⁴ Y dijo: «Esta es mi sangre de la alianza que es derramada por muchos.

²⁵ Yo os aseguro que no beberé del producto de la vid hasta el día en que lo beba de nuevo en el reino de Dios».

1 Cor 11, 23b-26

^{23b} El Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan

²⁴ y, después de dar gracias, lo partió diciendo: «Esto es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en memoria mía».

²⁵ Después de cenar, hizo lo mismo con la copa diciendo: «Esta es la nueva alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebáis, hacedlo en memoria mía».

²⁶ Así, cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor hasta que él venga.

EL SACRIFICIO DE ISAAC Y LA NOCHE DE PASCUA

1. Targum sobre Gn 22, Codex Neofiti

Dijo Abrahán «Delante de Yahvé ha sido preparado para él un *cordero* para el holocausto, si no eres tú (Isaac) el cordero del holocausto» Y caminaban los dos juntos

Abrahán extendió la mano y tomó el cuchillo Isaac tomó la palabra y dijo «Padre, *átame* ('*qd*, de ahí el nombre '*aqeda*, dado a este episodio) bien, no sea que me resista y sea inválida tu ofrenda »

Los ojos de Abrahán estaban fijos en los ojos de Isaac y los ojos de Isaac estaban fijos en los ángeles de arriba, Abrahán no los veía

En aquel momento, bajó del cielo una voz que decía «Venid a ver a los dos *unicos* en mi universo el uno inmola, el otro es inmolido El que inmola no vacila, y el que es inmolido tiende el cuello»

Y ahora, cuando sus hijos se encuentren en un tiempo de desgracia, *acuérdate* (*zikkarôn* = *anamnesis*) de la '*aqeda* de Isaac su padre y escucha la voz de su plegaria, escúchalos y líbralos (*pdh*) de su desgracia

2. Targum sobre Lv 9, 2s

Tomarás un carnero en holocausto para que *se recuerde* en tu favor el mérito de Isaac, a quien su padre ató ('*qd*) sobre la montaña del culto

Tomaréis un *cordero* de un año para que sea *recordado* en vuestro favor el mérito de Isaac, a quien su padre ató ('*qd*) como un cordero

3. Targum sobre Ex 12, 42 Poema de las cuatro noches

(La noche de pascua) es la noche preparada y predestinada para la liberación en nombre de Yahvé, cuando la salida de los hijos de Israel liberados de la tierra de Egipto En efecto, hay cuatro noches inscritas en los libros de los Memoriales (*zikkarôn*)

La *primera noche* fue aquella en que Yahvé *se manifestó* sobre el mundo entero para crearlo El mundo estaba desierto y vacío, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo La *memra* (palabra) de Yahvé era la luz e iluminaba Y la llamó noche primera

La *segunda noche* fue cuando Yavé *se manifestó* a Abrahán a la edad de 100 años y Sara su mujer tenía 90 años E Isaac tenía 37 años cuando fue ofrecido en el altar Los cielos bajaron e Isaac vio sus perfecciones y sus ojos se oscurecieron como consecuencia de sus perfecciones Y la llamó noche segunda

La *tercera noche* fue cuando Yahvé *se manifestó* contra los egipcios en medio de la noche Su mano mataba a los primogénitos de los egipcios y su diestra protegía a los primogénitos de Israel, para cumplir la palabra de la Escritura mi primogenito es Israel

La *cuarta noche* será cuando el mundo cumpla su fin para ser disuelto Los yugos de hierro se quebrarán y las generaciones impías quedarán aniquiladas

Y Moisés saldrá del desierto (laguna) (Y el rey mesías vendrá desde arriba) Uno caminará sobre la cima de una nube (o al frente del rebaño) y otro al frente del rebaño (o viceversa), y su palabra (*memra*) caminará entre los dos

Es la noche de pascua para el nombre de Yahvé, noche fijada y reservada para la salvación de todas las generaciones de Israel

momento mismo en que lo consuman, es cuando Cristo hace el don de su vida por los hombres

Hace este don en presencia de sus discipulos y lo hace ante todo por ellos Ellos son los primeros a los que entrega su cuerpo y su sangre No ya para darles la garantia de que no volveran a caer En aquel mismo momento, Jesus les previene de su caida, que sera muy profunda (Mc 14, 26-31, Jn 13, 37s) Si, perfectamente consciente de la debilidad de sus discipulos, Jesus se entrega, a pesar de todo, a ellos, es porque sabe que el es mas fuerte, que es capaz de encontrarlos de nuevo, precisamente porque se da por entero A partir de ese don, ya nada, «ni la muerte ni la vida , ni el presente ni el futuro , nada en el mundo podra separar» de Dios a aquellos por los que entrego su propio Hijo (Rom 8, 31-39) Jesus, a partir de la cena, no puede ya sustraerse de la muerte y del pecado, pero, a partir de su gesto, la muerte y el pecado no pueden destruir nada de su accion

EL PERDON DEL RESUCITADO

Para que ese perdon dado por Jesus sea real para nosotros, es preciso que sea recibido Si no nos sabemos perdonados, no estamos liberados del pecado Y no basta con una conviccion, por muy fundada que sea y por mucha viveza con que se la sienta para que uno se sienta perdonado El encuentro no es necesariamente visible Las lagrimas de Pedro al oir cantar al gallo (Mc 14 72) demuestran que se sabe ya perdonado, pero esta certeza se la dieron las palabras de su maestro y todo lo que estas contenian a la vez de advertencia no escuchada y de solidaridad no rechazada Sobre la fidelidad de Jesus se baso la fe de Pedro y su arrepentimiento (Lc 22, 32)

Sigue en pie el hecho de que para los doce apostoles y para la experiencia de la iglesia el perdon de Jesus tomo la forma de un encuentro visible El perdon es uno de los elementos esenciales y por asi decirlo, un componente necesario de los relatos de aparicion Solo se expresa de forma manifiesta aunque siempre discreta, en el ultimo capitulo de Juan, con la triple pregunta de Jesus «¿Me

amas?» y la triple respuesta de Pedro «Tu sabes que te amo» (Jn 21, 15-17) Pero aunque no se pronuncie la palabra perdon, la realidad del perdon es aqui palpable No se trata de volver sobre un pasado doloroso, ni siquiera para abolirlo, sino de un impulso hacia el futuro, de la promesa de una fidelidad

Sin embargo, aunque no se exprese, el perdon desempeña en las demas apariciones de Jesus a los suyos un papel considerable Si las apariciones son necesarias para convencer a los apostoles de que la resurreccion no habia cambiado al personaje que habian conocido y que Jesus resucitado es ciertamente Jesus de Nazaret y de Getsemani, lo son tambien sin duda alguna para asegurarles de que estaban perdonados Porque tambien ellos necesitaban el perdon, y los evangelios no minimizan sus faltas pretensiones interesadas y de vanidad, incapacidad de escuchar, debilidad lamentable en el momento decisivo Todo hace entender que la pasion puso de relieve su verdad miserable, y que en esa miseria vino a encontrarles Jesus, para devolverles todo lo que ellos habian creido perder, todo aquello de lo que ahora se reconocen definitivamente indignos El habia conocido de antemano su debilidad, los habia mantenido en su amistad, los habia visto en su verguenza y ahora vuelve a ellos ¿Quien otro podia perdonarles? El perdon no puede imaginarse y las mejores razones no bastan para que uno este seguro de estar perdonado Solo es posible recibirlo y oirlo de labios del que perdona Y ellos lo recibieron de este modo y pudieron entonces ser sus testigos

EL SACRAMENTO DE EMAUS

En ningun sitio mejor que en Emaus aparece lo que es el perdon de Jesus resucitado, la transformacion que hizo de aquellos hombres decepcionados, cobardes, cerrados en su egoismo, en unos companeros activos y alegres, dispuestos a ir cuanto antes a buscar a sus camaradas para anunciarles la gran noticia Pues bien, el punto decisivo de esta transformacion es la fraccion del pan

El nombre de fraccion del pan en el relato de Emaus es

un anacronismo revelador Es una palabra de la liturgia cristiana, que nunca habia empleado Jesus, ya que la realidad que designa no habia nacido mas que en la cena El relato se hace oír en el tiempo de la iglesia y para significar lo que se vive en la iglesia

El gesto sí que se remonta a la cena, pero en la cena el gesto iba acompañado de una palabra «Esto es mi cuerpo» (Lc 22, 19), mientras que en Emaus no hay palabra Y no hay palabra, porque la palabra de la cena habia sido dicha una vez para siempre Jesus no puede repetir en Emaus «Esto es mi cuerpo entregado» Eso seria suponer que se entrega una vez mas a la muerte y por tanto que no ha resucitado de verdad, que solo ha vuelto provisionalmente a la vida y que la muerte sigue siendo, para el como para nosotros, el horizonte perfectamente cerrado, que se entreabre en algunas ocasiones para volver a cerrarse enseguida Una comedia miserable, hecha para encerrar en la desesperacion

Jesus murio una vez por todas y no puede ya morir (Heb 9, 26-28), pero es menester que nos traiga el signo de su victoria Es menester que Dios nos lo de resucitado para probarnos que nuestro Señor ha dado su vida por nosotros Emaus remite a la cena y al don inicial, sin el cual Jesus no habria resucitado y nosotros no habriamos sido salvados Es en la cena donde todos los relatos eucaristicos formulan el sentido que Jesus da a su muerte «Mi sangre derramada por una multitud» (Marcos y Mateo), «mi cuerpo entregado por vosotros» (Pablo, Lucas) Pero es en Emaus donde los ojos se abren y donde las palabras cobran sentido Ya no se necesitan palabras, puesto que aquí se encuentran cumplidas

En Emaus, Jesus se hace ver simultaneamente bajo dos formas, la forma visible en que los discipulos se vuelven a encontrar con aquel a quien habian seguido por los caminos de Palestina, y la forma misteriosa del pan compartido, bajo la cual no esta menos presente ni es menos real, ya que los discipulos, una vez que ha desaparecido lo encuentran de nuevo y lo reconocen cuando repiten sus palabras al repartir el pan Hay en el banquete del resucitado mucho mas que un simple retorno al pasado, hay precisamente eso que muestra Emaus, esa forma de hacerse

invisible en el mismo instante en que se le reconoce, de dejar en manos de los suyos el don que les trae

La comida de Emaus no fue mas que una mas entre otras (Lc 24, 41-43, Hch 1, 4, 10, 41), pero lo que esta implicito en los otros encuentros se expresa con todas sus letras en Emaus Se trata siempre del acontecimiento unico, del acto por el que Jesus, el mesias de Israel, hace el don de su muerte a los suyos y al mundo entero Unica accion llevada en un solo movimiento por el Padre y el Hijo Pero esta unica accion adquiere varios aspectos en el desarrollo de la historia de Jesus y de sus discipulos —el de la cena, en donde los discipulos no hacen mas que escuchar, recibir, comer y beber, —el de la cruz, en donde Jesus entrega todo lo que es en una soledad total, —el de Emaus, donde los creyentes, al recibir el cuerpo y la vida del resucitado, se hacen capaces de dar al mundo su testimonio De las manos de Jesus a las de sus discipulos, del corazon de Jesus a la fe de los creyentes, aqui se acaba y se revela el nacimiento del sacramento La palabra vendra mucho mas tarde, pero la realidad esta totalmente constituida en aquel momento Significada por un rito el pan partido, la copa comunicada Un rito hecho para ser reproducido, ya que Jesus fue el primero que repitio en Emaus el gesto de la cena Un rito que no añade nada a su accion, puesto que todo se dijo en la cena y se realizo en la cruz Incluso las palabras de repeticion no tienen su lugar mas que en la cena, puesto que es el don de la cena el que la resurreccion extendera a la totalidad del mundo, pero es en Emaus donde la repeticion se hace posible, ya que Jesus da ejemplo de ello y consagra el rito nuevo El mismo es el unico autor de esta accion unica, asi como es el unico fundador posible del rito que va a prolongar su accion hasta el final del mundo y de los siglos

Emaus esta hecho para decir donde se encuentra realmente presente el resucitado Seguramente, ahora que se ha liberado de todos nuestros limites y que su carne ha sido transfigurada por el poder del Espiritu, esta presente por todas partes en el universo Pero esta presente a su manera, la de un «cuerpo espiritual» (1 Cor 15, 44), la de un ser que se hace presente donde quiere y como quiere Emaus muestra que Jesus quiso hacerse presente en la fraccion del pan La presencia eucaristica es, a los ojos de

Lucas, la forma permanente de la presencia del resucitado.

LOS ENVIOS A MISIONAR

Los cuatro evangelios terminan con una escena final en donde Jesús resucitado da a sus discípulos su misión. Los cuatro episodios son al mismo tiempo diferentes y cer-

canos entre sí. No se puede hablar aquí de una doble o triple tradición, ni es posible una sinopsis. Cada evangelista tiene su propio relato, compuesto cada uno en su línea personal. En esta independencia, las convergencias adquieren por eso mismo una especial importancia. Pues bien, estas convergencias son numerosas (cf. recuadro adjunto).

Los cuatro textos suponen una partida. La palabra partir, explícita en Mateo y Marcos, tiene su equivalente en el

LAS PALABRAS DEL RESUCITADO

Mt 28

- 18 – Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra.
- 19 – Así, pues, partiendo (*poreuthentes*), haced discípulos a todas las naciones (*panta ta ethnè*), bautizándolas en el nombre (*eis to onoma*) del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo,
- 20 – enseñándoles (*didaskontes*) todo lo que os he mandado.
Y he aquí que yo (*kai idou egô*) estoy con vosotros (*meth'hymôn emi*) todos los días (*pasas tas hêmeras*) hasta el fin del mundo.

Mc 16

- 15 – Partiendo (*poreuthentes*) por el mundo entero (*eis ton kosmon apanta*), proclamad (*kèryxate*) el evangelio a toda criatura (*pasèr tèi ktusei*).
- 16 – El que crea y sea bautizado, será salvo; el que no crea, será condenado.
- 17 – Pues bien, he aquí los signos que acompañarán a los que hayan creído.

Lc 24

- 47 – Está escrito que sería proclamado (*kèrykh-tênai*) en su nombre (*epi tôn onomati*) a todas las naciones (*eis panta ta ethnè*), empezando por Jerusalén,
el arrepentimiento (*metanoian*) para el perdón de los pecados (*aphèsin hamartôn*).
- 48 – Vosotros seréis testigos de estas cosas.
- 49 – Y he aquí que yo (*kai idou egô*) envío sobre vosotros la promesa evangelizada por el Padre.

Jn 20

- 21 – Como el Padre me ha enviado, yo también os envío.
- 22 – Y habiendo dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo.
- 23 – A quienes les perdonéis los pecados (*aphètas hamartias*), les serán perdonados; a los que se los retengáis, les serán retenidos».

envío de Juan y en el «dejar Jerusalen» de Lucas. El campo de la misión es universal en Mateo, todas las naciones, en Marcos, todas las criaturas, en Lucas, todas las naciones, en Juan, la distinción entre los que ven perdonados sus pecados y los que se los ven retenidos no conoce fronteras. En cada ocasión, los enviados son portadores de una palabra, que provoca una respuesta que puede ser la obediencia (Mateo), la fe (Marcos), el arrepentimiento (Lucas), y que produce el perdón de los pecados (Lucas, Juan) y la salvación (Marcos). En Mateo el bautismo, en Juan el perdón de los pecados suponen un gesto concreto y visible, puesto en nombre de Jesús y del que los enviados asumen la responsabilidad: bautizad *vosotros*, perdonad los pecados *vosotros*. Los mismos gestos, en la forma pasiva «divina», se describen como producidos por Dios: será bautizado, será perdonado, será condenado, serán retenidos (Marcos, Juan). Extraña coincidencia entre los gestos del enviado, descritos, y los de Dios, significados.

A estas coincidencias visibles se pueden añadir algunas aproximaciones significativas. Al evangelio proclamado en Marcos hace eco la promesa evangelizada en Lucas. Entre esta promesa y el Espíritu Santo dado en Juan hay una identidad real. Todos estos rasgos demuestran que, para los cuatro evangelios, Jesús resucitado confió a los suyos una misión universal, destinada a llevar a todos los hombres al arrepentimiento y a la fe, a la obediencia y a la salvación. Esta misión es cuestión de palabras (proclamación en Marcos y Lucas, enseñanza en Mateo), pero también de gestos (bautismo y perdón de los pecados). Esta convergencia en unos textos independientes es de gran importancia, ya que traduce una unidad profunda de perspectiva. Para cada uno de estos cuatro autores, el cristianismo, tal como lo conciben y lo ven vivir, descansa en la autoridad directa del Señor resucitado. Ninguno pretende fundamentar el vínculo de Jesús con los gestos de la iglesia en una transmisión literal, en un mandamiento explícito que ejecutar al pie de la letra. Se trata siempre de realidades fundamentales, de pasos dados por iniciativa de los discípulos, el único rito que se describe de forma precisa es el bautismo, en Mateo y en Marcos. Se supone, ciertamente, en Lucas cuando menciona el arrepentimiento y el perdón de los pecados. Tampoco está ausente en Juan

con el perdón de los pecados, pero no hay que olvidar que el cuarto evangelio, tan constantemente sacramental en su horizonte, se abstiene siempre de designar los ritos.

Comparando los textos, es inútil preguntarse cuáles fueron las palabras que Jesús pronunció exactamente, en que momento y en que lugar. Eso sería ignorar su condición de resucitado y su manera de hacerse entender. La mayor parte de las expresiones típicas de estos pasajes finales pertenecen al lenguaje de la iglesia más que al del Jesús mortal: el fin del mundo (Mt 13, 39, 24, 3), la creación entera (Rom 8, 22, Col 1, 15-23), creer y ser bautizado (Hch 2, 41, 8, 12s, 16, 14s, 32s, 18, 8, 19, 4s), en el nombre de (Jesús, del Padre, del Hijo y del Espíritu: 1 Cor 5, 4, Flp 2, 10, Col 3, 17, 1 Pe 4, 14, 1 Jn 2, 12), la promesa del Espíritu (Hch 1, 4, 2, 33, 39, Gal 3, 14, Ef 1, 13), los pecados perdonados o retenidos (Hch 2, 38, 10, 43, 26, 18, Ef 1, 7, Col 1, 14, 1 Jn 1, 9, 2, 12). Concluir de ello que se trata de un mero artificio destinado a hacer remontar hasta el resucitado las situaciones de la iglesia sería una ignorancia radical. Se trata ciertamente de gestos de la iglesia, y no estamos ya en tiempos de Jesús. Se trata del tiempo de los discípulos en misión, de las conversiones y de las negativas a convertirse, pero todos estos gestos, toda esta existencia misionera en medio de los hombres se basan en la persona de Jesús como en su origen y su punto de partida, y como en su autor único y siempre eficaz. En este sentido, que es el más fuerte, hay que decir que estos gestos fueron instituidos por Cristo. Incluso hay que decir más. El fundador de una institución, cuando desaparece, pierde todo poder sobre su obra, que cae en manos de sus herederos. En el evangelio anunciado en su nombre, en el bautismo y el perdón de los pecados dados en su nombre, Jesús sigue estando vivo y actuando.

PALABRA Y SACRAMENTO

Las cuatro escenas de envío asocian estrechamente la palabra y el gesto. El anuncio (Marcos, Lucas), la ense-

ñanza (Mateo) son inseparables del gesto el bautismo, explícito en Mateo y en Marcos, implícito en Lucas Juan se concentra más se contenta con mencionar el perdón de los pecados, sin especificar el gesto, sin indicar ninguna palabra anterior El horizonte, a pesar de estas diferencias, sigue estando muy cerca del de los otros tres Esta vinculación entre la palabra y el gesto nos hacen pensar La una y el otro vienen de Jesús y son obra personal suya El es el que habla a través de los que envía, el que actúa en los gestos que ponen En la fuente no se ve ninguna diferencia todo viene de Jesús, todo está en acción En los enviados se mantiene la diferencia entre las palabras y los gestos, pero también el estrecho paralelismo entre las unas y los otros Los discípulos no repiten las palabras de Jesús de forma mecánica, les dan diversas formas, en las que comprometen su propia experiencia Lo mismo ocurre seguramente con los gestos Se constata de hecho en los escritos apostólicos que los gestos del bautismo y del perdón no siempre reproducen los que ponía Jesús y la manera como los ponía Puestos sin embargo «en nombre de Jesús», quieren ser portadores de su fuerza única

Estas constataciones valen del bautismo y del perdón de los pecados, sin que sea posible, a partir de los textos de envío, saber exactamente si se distinguen o se confunden No valen de la fracción del pan, lo cual puede resultar extraño, pero se explica naturalmente Porque entre el gesto de la cena y los gestos del perdón hay diferencias sensibles El gesto de la cena no pertenece más que al mismo Jesús, que no lo reproduce, sino que lo sigue poniendo, siempre presente, en el hoy eterno en que entro cuando Dios lo resucitó Los hombres no pueden otra cosa más que hacer este acto eterno presente en el mundo por medio del rito eucarístico La iglesia puede «hacer la eucaristía», como dice la expresión tradicional, pero no la «hace» más que reproduciendo las palabras y los gestos del Señor La iglesia no puede añadir a ellos más que la expresión de su fe y de su obediencia Y es algo muy dis-

tinto de lo que ocurre cuando bautiza o cuando perdona los pecados

Es verdad que podemos decir aquí que la iglesia perdona los pecados Pone unos gestos originales, de los que asume la responsabilidad Ella misma formula el lenguaje del anuncio y de la enseñanza Ella prepara para el bautismo, y admite al mismo cuando juzga a una persona capaz de recibirlo Llega incluso a declarar al pecador arrepentido «Yo te perdono los pecados» En este caso, la iglesia sabe lo que tiene que hacer, porque realmente tiene unas cosas que hacer proclamar, enseñar, perdonar, bautizar Son seguramente cosas que la superan y de las que no puede considerarse como dueña, pero de las que tiene que decidir bautizar o rechazar, perdonar o retener los pecados El misterio consiste en este caso en que, a través de los gestos y decisiones de la iglesia, Cristo resucitado compromete todo su poder

Es posible entonces comprender por qué, entre los gestos que Jesús confía a sus enviados, no figura la fracción del pan El estatuto de la eucaristía, por así decirlo, y el del bautismo son profundamente distintos Estos dos gestos son llamados sacramentos, y no sin motivos uno y otro designan la acción de Dios que abraza a la humanidad en la persona de su Hijo, a través de un gesto ritual, pero el sacramento de la cena es esa misma fuerza en su fuente, la iglesia no puede hacer otra cosa más que recibirla y significar por medio de su liturgia las dimensiones del misterio su altura, su amplitud y su profundidad El misterio del bautismo ciertamente es también el misterio del amor de Dios a sus hijos pero aquí este misterio se transmite y se recibe, de hombre a hombre, a través del testimonio dado y de la respuesta de fe Si el sacramento de la cena no figura en las escenas de envío, no hay que concluir por eso que sea ignorado o que sea secundario en la fecha en que nacieron aquellos textos Quizás así se tome mejor conciencia de lo que es la eucaristía en la iglesia no compromete el coraje, el esfuerzo, la inteligencia Es el corazón la fuente única e insustituible



Jesús cura y perdona (siglo XV)

3

LA IGLESIA NACIENTE PRIMERAS EXPERIENCIAS

Siempre resultara imposible describir los primeros momentos de la iglesia, las primeras reacciones de los discipulos al tomar conciencia de que la fuerza del Señor resucitado seguia ejerciendose en su ausencia permanente y por la fuerza interior del Espiritu Santo Sin ser ficticios, los episodios de la ascension y de pentecostes, en los *Hechos de los apóstoles*, siguen siendo muy esquematicos y no pretenden entregar el secreto de los corazones. Los ultimos versiculos del evangelio de Lucas (24, 52) muestran a los once volviendo de Betania a Jerusalem despues de la desaparicion de Jesus, llenos de gozo. Esta indicacion es preciosa y volveremos a encontrarla en las primeras paginas de los *Hechos* (2, 11-46), que nos hablan de la alegria de la joven comunidad, pero ni siquiera se piensa en describir esta alegria. Seria inutil querer forzar esta reserva.

Sin embargo, no estamos condenados a la ignorancia. Es posible captar algo de estas primeras experiencias, comparando los testimonios, muy diferentes pero complementarios, de Pablo por un lado, y de los *Hechos* por otro.

Cada uno de ellos tiene un valor distinto y no deben leerse con la misma mirada. El de Pablo es el de un hombre que vive personalmente una experiencia y que la describe en el momento en que la vive. Su testimonio puede estar marcado por su personalidad, sus tendencias, las emociones que lo agitan, quizas lo tengamos que interpretar, pero en todo caso nos ofrece el eco directo de su accion. El relato de los *Hechos* es de una naturaleza distinta mas alejado de los acontecimientos, compuesto adrede a partir de la combinacion de informaciones diversas, de posiciones a veces divergentes, abarcando un largo periodo.

y multiples horizontes Tal como esta, y precisamente porque es muy distinto del de Pablo, el libro de los *Hechos*, cuando uno se encuentra con el, aporta unos datos capitales

Pues bien, hay un punto en el que coinciden Pablo y los *Hechos* una de las primeras experiencias vividas por los discipulos fue comprender lo que les sucedia situandose en relacion con el mundo judio Y de este modo intentar comprender lo que le ocurría al mundo judio

EL PERDON

Lo que le ocurrió al mundo judio, gracias a la resurreccion de Cristo, fue el ofrecimiento del perdon El hecho es sorprendente No se puede decir que este en la linea inmediata de los ultimos acontecimientos que precedieron a la pasion Las palabras de Jesus a los notables de Jerusalem, en visperas de su detencion y de su muerte, no van en ese sentido La parabola de los viñadores homicidas (Mc 12, 1-12), la serie de las invectivas contra los «escribas y fariseos hipocritas» (Mt 23, 1-36), el anuncio de la destruccion del templo (Mc 13 1-4, cf 14, 58), aun cuando no se pronunciaron en el corto lapso de tiempo que da a entender el relato evangelico, guardan siempre relacion con el destino que Jerusalem se prepara a hacer sufrir a sus mesias Son las ultimas advertencias de aquel que quiso «reunir a tus hijos lo mismo que recoge una gallina a sus polluelos bajo sus alas» y que choca con el rechazo definitivo «Y no habeis querido» (Mt 23, 37) En estas condiciones, es normal que se cumpla de nuevo para el santuario de Israel la destruccion provocada en Silo por la culpa de los hijos de Eli, y la que veia llegar Jeremias sobre el templo profanado por la idolatria (1 Sm 2-4, Jr 7, 12-15) El templo es el lugar por excelencia preparado para el mesias Desde la profecia de Natan (2 Sm 7), el descendiente que Dios le promete a David esta en relacion con la casa que el rey deseaba construir para Yahve Si el templo no esta dispuesto a acoger a su Señor (Mal 3, 1), si Jerusalem no reconoce al hijo de David, su funcion ha terminado, ellos han fallado a su vocacion Y se puede compren-

der que Jesus, viendo de antemano sellado su destino, lo haya ligado inseparablemente a su propia muerte ¿Que otra cosa podia hacer?

Pues bien, he aqui que, despues de la resurreccion, los discipulos, en vez de encerrar a Jerusalem en su pecado, le anuncian por el contrario el perdon Tal es el objeto esencial de los discursos pronunciados por Pedro en los primeros capitulos de los *Hechos* Es verdad que estos discursos no pueden representar de una manera exacta las primeras intervenciones publicas de los discipulos de Jesus despues de su desaparicion, y que el autor del libro, sin duda Lucas, concibio estos discursos dentro de las perspectivas que le resultaban familiares, varias decenas de años despues de los acontecimientos, pero no se puede dudar de que, desde los primeros pasos de la iglesia naciente, se tuvo una imagen sustancialmente fiel de los mismos Porque el tema de estos discursos es el mismo y no tiene realmente su lugar mas que en Jerusalem y en la cercania de la pasion El discurso de Esteban ante el sanedrín, que pone el comportamiento de sus oyentes en la linea de todas las infidelidades de Israel, podria ser el mismo diez o veinte años mas tarde, y desarrolla unos argumentos muy generales Cuando Pedro dice a las gentes de Jerusalem o a los miembros del Gran Consejo «Vosotros lo entregasteis a la muerte» (Hch 2, 23 3, 15, 4 10, 5, 30), no se puede evidentemente excluir una parte de reconstruccion, pero hay que estar de acuerdo en que esta reconstruccion no puede convenir mas que a una situacion, precisamente la que suponen los *Hechos*, muy cerca de la pasion y de la resurreccion

Pues bien, estos discursos no hacen nada por minimizar la responsabilidad de Jerusalem y de sus dirigentes Sin duda tienen a su favor la excusa de la ignorancia (Hch 3, 17), pero si su culpa es por ello menos pesada, la gravedad del gesto cometido sigue siendo ilimitada y sin equivalente alguno El mismo Dios se vio afectado en la persona de su enviado (Hch 2, 22), de su siervo, el santo y el justo (Hch 3 13s) Pero he aqui que, despues de haber puesto plenamente de relieve el caracter monstruoso del acto cometido, Pedro, en el momento en que, siguiendo el estilo de los profetas y del propio Jesus, deberia anunciar las consecuencias catastroficas proclama por el contrario

MURIO POR NUESTROS PECADOS

la venida del perdon «Arrepentios , a vosotros es a los que esta destinada la promesa» (Hch 2, 38s, 3, 19-26, 4, 12) «El es a quien Dios exalto como principe y salvador, para darle a Israel el arrepentimiento y el perdon de los pecados» (Hch 5, 31) ¡Que distancia entre este lenguaje y el final de la advertencia de Jesus en visperas de su muerte «Para que caiga sobre vosotros toda la sangre de los justos derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarias, hijo de Baraquias, a quien matasteis entre el santuario y el altar» (Mt 23, 35)!

Este paso inmediato y sin transicion de la denuncia del pecado al anuncio del perdon es precisamente el evangelio, tal como Jesus lo habia traído desde el principio a los pecadores y tal como acababa de devolverlo a los suyos al volver a encontrarse con ellos despues de su caida. Lo que Pedro proclama ante Jerusalem, acaba de vivirlo el mismo «Cristo ha muerto por nuestros pecados» Pero se trata de algo muy distinto de una experiencia personal. Lo que el resucitado trae a los suyos no es solamente el desenlace inesperado de una tragedia, sino el descubrimiento de que el acontecimiento esta hecho para Israel entero y, a traves del pueblo de Dios, para toda la humanidad.

¿De donde viene a los apóstoles esta convicción de tener que convocar a «toda la casa de Israel» (Hch 2, 36) para anunciarle la buena nueva? Seria una pretension querer trazar el camino de la gracia de Dios en sus corazones, pero es posible observar la coherencia del relato evangelico. Un rasgo principal de los ultimos dias que preceden a la pasion es el enfrentamiento de Jesus con Jerusalem y con todo lo que representaba la ciudad santa a los ojos del pueblo judío. Abraham, Isaac y Jacob (Mc 12, 26), el mesías, hijo de David (Mc 12, 35) los profetas perseguidos (Mc 12, 1-12, Mt 23, 29s) Jesus viene a ocupar su lugar en esta historia secular, para llevarla a termino. Y se encuentra con la «generacion incredula y perversa» (Mt 17, 17), ciega a las obras de Dios. Y cuando esta acaba de consumir la culpa de sus padres (Mt 23, 31), se comprende que los discipulos tengan conciencia de que se enfrentan con toda la historia de su pueblo. No para anunciarle su condenacion, sino al contrario para proclamar el perdon «Salvaos de esta generacion descarriada» (Hch 2, 40) Todo es posible con la resurreccion de Cristo.

Si el perdon de los pecados toma la forma de un anuncio solemne y publico, es que el pecado, con la muerte de Jesus, la responsabilidad de sus actores, la complicidad de una ciudad silenciosa, la cobardia de los amigos mas cercanos, ha reunido en un bloque siniestro de odio, de violencia y de miedo a todos los participantes del drama. La muerte de Jesus ha hecho aparecer la solidaridad colectiva que vincula a los culpables entre si, y al mismo tiempo ha revelado la fuerza del perdon de Dios, capaz de abrazar a todo un pueblo en su amor. Por el hecho de que los paganos habian representado tambien un papel en este drama, resultaba logico que tambien ellos tuvieran acceso al perdon. Todo ello estaba en la linea de la esperanza de Israel, que no podia olvidarse de que la bendicion de Abraham iba destinada a todas las naciones y que asociaba la venida del mesias a la reunion de todos los justos. Sera este el descubrimiento de Pablo, que basara en el todo su evangelio. Pero el mismo Pablo no fue el inventor de la formula definitiva que, en su pura simplicidad, vale de cualquier hombre «Cristo ha muerto por nuestros pecados» (1 Cor 15, 3). Esta confesion de fe es anterior al mismo Pablo, el dice que la recibio, sin duda cuando lo iniciaron los creyentes en la fe y en el bautismo, y que la transmite, identica a la de los demas apóstoles (1 Cor 15, 11). Es el evangelio de la iglesia de Dios (1 Cor 15, 19).

La señal de que no es una invencion de Pablo es que, no solamente en sus cartas, sino en otros escritos del Nuevo Testamento, pertenecientes a fechas muy alejadas entre si y de inspiraciones diversas, encontramos toda una serie de textos que parecen reproducir con algunas variantes un modelo unico y original. Cristo ha muerto por nuestros pecados (recuadro, p 34) «Por nuestros pecados» es, por tanto, la formula pronunciada por una comunidad, por un grupo de hombres que se reconocen al mismo tiempo culpables y perdonados, que reciben juntos el perdon y que viven juntos una condicion nueva. Este *nosotros* es tan caracteristico de la formula que aparece incluso en 1 Pe 2, 24, en un pasaje en donde sin embargo el autor de la carta no se olvida de que se dirige a sus corresponsables «Cristo sufrio por *vosotros* , sus llagas os curaron»,

MURIO POR NUESTROS PECADOS

1. Cristo murió por nuestros pecados.
(1 Cor 15, 3) y el perdón de los pecados.
(Col 1, 13s)
2. El Señor Jesucristo
se entregó por nuestros pecados,
para arrancarnos de este mundo perverso.
(Gál 1, 4)
3. Jesús nuestro Señor
fue entregado por nuestras faltas
y resucitado por nuestra justificación
(Rom 4, 25)
4. Cuando nosotros éramos todavía pecadores,
Cristo, en el tiempo señalado, murió por los
impíos.
Cierto, con dificultad se dejaría uno matar por
una causa justa;
quizá por una persona de bien afrontaría uno
la muerte.
Pero en lo que Dios prueba su amor hacia nosotros,
es en que Cristo, siendo nosotros pecadores, murió
por nosotros.
(Rm 5, 6-8)
5. El Hijo de su amor,
en quien nosotros tenemos la redención
6. En él tenemos por su sangre la redención
y el perdón de los pecados.
(Ef 1, 7)
7. Cristo también sufrió por vosotros,
dejándoos un ejemplo
para que vosotros sigáis sus huellas:
El que...
El que...
El que sobre el madero llevó nuestros pecados en
su cuerpo, para que,
muertos a nuestros pecados,
vivamos para la justicia.
Sus llagas os curaron.
(1 Pe 2, 21-24)
8. El mismo Cristo ha muerto una sola vez por
nuestros pecados,
el justo por los injustos,
con el fin de guiarnos hasta Dios,
muerto en su carne,
vuelto a la vida por el Espíritu.
(1 Pe 3, 18)

si luego continua «lleva *nuestros* pecados , muertos a *nuestros* pecados, *vivamos* », es que espontaneamente estas palabras acuden a sus labios como un estribillo familiar

Un estribillo, una formula fija, hecha para ser repetida, una asamblea reunida todos estos rasgos evocan un ambiente liturgico, quizas un ritual La hipotesis mas natural es la del bautismo, con todo lo que lleva consigo de profesion fe, de adhesion comun, de renuncia a un estilo antiguo de existencia De todas formas, oimos expresarse a una comunidad capaz de darse un lenguaje propio, firme en su alcance y susceptible sin embargo de adoptar diversas variantes y un desarrollo personal, centrada en la persona de Jesus y en la experiencia del perdon Desde esa hora nacio la iglesia, portadora de una palabra, reunida en torno a unos gestos significativos una comunidad sacramental

UNA COMUNIDAD MINISTERIAL

El perdon que evocan todos estos textos no se propone en primer lugar como una nueva experiencia, como un camino personal que lleva hasta Dios, sino como el anuncio de un acontecimiento, la llamada para responder a el Una experiencia hecha para ser recibida a traves de una palabra venida de otro Los discipulos necesitaban la presencia del resucitado para recibir de el su perdon A su vez, los oyentes de su mensaje necesitan recibir el perdon por medio de su palabra Pablo, que pretende con tanta energia haber recibido su apostolado solamente de Dios afirma sin embargo con claridad que la reconciliacion realizada por Dios en la persona de su Cristo pasa por un ministerio, por una delegacion «Dios que nos ha reconciliado consigo por Cristo nos ha confiado el ministerio de la reconciliacion , poniendo en nosotros la palabra de reconciliacion En nombre de Cristo hemos sido enviados y por medio de nosotros, Dios mismo os dirige una llamada» (2 Cor 5 20)

La reconciliacion pasa forzosamente por un gesto un gesto reciproco, un intercambio Dejarse reconciliar es al-

go muy distinto de dejarse convencer de la misericordia de Dios incluso muy distinto de acoger una palabra venida de el y de adherirse a ella por la fe Es recibir esa palabra bajo la forma de una presencia exterior, de una voz que interpela y que aguarda una respuesta Por eso esta palabra no es solamente la de un mensajero portador de una noticia, requiere un embajador, un portavoz encargado de transmitir la palabra de aquel que la envia y de recoger la respuesta En una palabra, un ministro

El texto de Pablo no permite saber a quien atribuye este ministerio No se lo reserva exclusivamente para el puesto que habla en plural «Hemos sido enviados , os suplicamos » Este plural no es ni de majestad ni de modestia Designa algunas personas portadoras de una mision propia El contexto de la carta y la comparacion con las otras hacen pensar que esta mision es la del apostol, la de aquel que es portador del evangelio y del acontecimiento de la salvacion

LA EXPERIENCIA DE PABLO

El conjuro de Pablo a los corintios no puede ser mas que suyo Lleva todas las huellas de su estilo y de su personalidad un hombre poseido por su mision, por la necesidad de comunicar a los demas su experiencia y de llevarles su fe Pero es tambien el de un apostol que no esta solo, que se sabe comprometido en una empresa comun y que llama a vivir una realidad hecha para todos En esto Pablo es unico y ocupa un lugar aparte en el Nuevo Testamento y en el nacimiento de la iglesia Llamado por una vocacion particular a entrar en la mision de los doce y en la carga del evangelio, sigue siendo no solamente el caso excepcional del apostol que no vivio nunca al lado del Señor, sino tambien el del convertido capaz de encontrar en la experiencia recorrida el modelo ejemplar de todo acceso a la fe, tanto del que tiene como punto de partida el judaismo como del que procede del mundo pagano Tanto si se trata de las obras prescritas al judio por la ley, como si se trata de la sabiduria que constituye el orgullo del pagano, es identico el callejon sin salida y es la misma la solucion Cristo Jesus

Pablo esperaba de la ley que le diera la certeza de ser justo, de agradar a Dios, de responder exactamente a su voluntad. En Damasco descubrió de repente que Dios acababa de darle lo que no habían podido asegurarle varios años de fidelidad: la certeza dichosa de haber encontrado y de haber sido encontrado, el gozo de tener finalmente algo que dar y que procedía de él: la fe. Recibir a Dios y su gloria, recibir a su Hijo Jesús, recibir en lugar de alcanzar y de conquistar ese encuentro hizo del perseguidor un apóstol.

Porque este convertido siguió siendo un doctor, formado en la reflexión y en la comprensión de las cosas. Y Pablo siguió la lógica de su descubrimiento. Su experiencia valía para todos aquellos que estaban bajo la ley, para todos los hijos de Israel. Como él había llegado siempre hasta el último cumplimiento de la ley, como había sido el judío más fiel y el más apasionado por la causa de su pueblo, Pablo podía llegar a anunciar a sus hermanos el acontecimiento que les permitiría cumplir la ley en toda su plenitud, la fe en Cristo Jesús. Y por eso mismo Pablo

descubría hasta donde llegaba esa lógica, hasta abrazar al mundo entero. Desde el momento en que los judíos no obtenían la justicia que buscaban en la ejecución perfecta de las obras de la ley, sino en la fe de la que Cristo era al mismo tiempo la fuente, el modelo y el objeto, su situación no era en el fondo distinta de la de los paganos. También estos estaban llamados a encontrarse con el Señor Jesús y a conocer a Dios en la fe por medio de él. Los judíos conservaban el privilegio de la anterioridad pues eran ellos a los que Dios había revelado su proyecto y de los que había hecho los primeros creyentes, seguían siendo los primeros: «la salvación viene de los judíos» (Jn 4, 22). Pero esta prioridad no era superioridad, entre los unos y los otros no había diferencia: «Todos han pecado y están privados de la gloria de Dios: todos han sido justificados gratuitamente por su gracia» (Rom 3, 23). Se necesitaba un judío para llevar esta lógica hasta sus últimas consecuencias, para abrir a los paganos, sin reservas y sin retorno, el tesoro inapreciable de la herencia secular. Para que los paganos pudieran recibir, se necesitaba un judío para dar.

4

LOS GESTOS DE LA IGLESIA

Id, anunciad, enseñad, bautizad, perdonad los pecados este conjunto resume perfectamente la misión que se nos describe en las apariciones finales de Jesús resucitado, al mismo tiempo que dibuja con rasgos muy claros la actividad de los discípulos de Jesús, tal como la describen los *Hechos de los apóstoles* y como la suponen las cartas de Pablo. En este conjunto llama la atención un momento bautizad. En efecto, los demás no hacen más que prolongar la acción del mismo Jesús, tal como subraya por otra parte expresamente el final de Mt. El bautismo no formaba parte de los gestos típicos de Jesús. Seguramente, según un dato que recoge Juan y que resulta sorprendente, pero por eso mismo más digno de fe, Jesús comenzó su acción bautizando, según el modelo de Juan bautista y a poca distancia de él (Jn 3, 22-26). Pero esto solo duró poco tiempo, hasta el día en que Herodes Antipas hizo detener a Juan (Jn 3, 24, cf. Mc 1, 14). Entonces Jesús se puso a anunciar el evangelio y renunció al gesto ritual. La palabra bautismo no vuelve a aparecer hasta el momento en que

se acerca la pasión, sin ninguna relación con el rito, para figurar más bien la inmersión que habrá de sufrir Jesús para llevar hasta el cabo su misión. Las dos menciones de este bautismo guardan cierta relación, y Lucas, que refiere la primera, suprime la segunda en el momento en que ella aparece en Marcos: «He venido a prender fuego a la tierra, ¿y como me siento impaciente hasta que se consume!» (Lc 12, 49s). «¿Podéis beber el cáliz que voy a beber y ser bautizados con el bautismo que voy a recibir?» (Mc 10, 38). Sabiendo que aparentemente Jesús, desde que comenzó su misión propia de evangelista, no bautizó, ¿cómo explicar que la iglesia, desde los primeros gestos que conocemos y en todos los sitios en que nos encontramos con ella, se puso a bautizar e hizo del bautismo un momento capital de su acción y un elemento esencial de la existencia cristiana?

Incluso donde Pablo parece poner el bautismo en segundo plano en su acción, después del anuncio del evan-

gelio (1 Cor 1, 14s), ve en el bautismo el momento en que el hombre se ve apresado por aquel que ha sido crucificado por el y pago el precio de su liberación (1 Cor 1, 13, 6, 20, 7, 23) Si Pablo se niega en general a dar el bautismo, es para evitar un posible contrasentido, el de hacer creer que es posible ser bautizado en su nombre (1 Cor 1, 15), y también sin duda para no sentirse retenido por ningún vínculo que le impida seguir adelante en la evangelización. Pero todos los textos dan a entender que no hay evangelización que no termine con el bautismo. Todas las indicaciones que nos ofrece el Nuevo Testamento confirman que el bautismo se practica, sin ninguna necesidad de ser justificado, en todas las comunidades cristianas, por muy remoto que sea su origen. El cristianismo no existe más que por Jesús, pero nunca existe sin el bautismo. ¿De donde viene esta unanimidad en la práctica?

Se han propuesto varias explicaciones: el bautismo de los prosélitos, las inmersiones sucesivas en las cisternas de Qumran, que marcaban las diferentes etapas de la iniciación de los novicios en las reglas de la comunidad. Pero si el gesto parece idéntico: el descenso al agua, el horizonte es distinto. El bautismo de Qumran, como el de los prosélitos, es un rito que realiza uno mismo: baja al agua, se da a sí mismo un baño. Mucho más cercano es en este sentido el bautismo dado por Juan. Es un gesto profético, cuyo valor se debe a la fe que el neofito concede a la palabra que recibe de Dios, a través de su servidor. Es un gesto «escatológico», dado con vistas a la venida inminente del juicio de Dios. Es un gesto anunciador de un tiempo nuevo, el del Espíritu Santo. El mismo Jesús recibe el bautismo de Juan: de todos los hijos de Israel, él es el primero alcanzado por el mensaje de Juan, el más fervoroso en esperar la llegada del reino de Dios.

Al recibir el bautismo, recibe del profeta la promesa de la consumación inminente. Si el mismo no bautiza, es porque el tiempo de la espera ha pasado. Entre Jesús y el reino no hay más que un plazo, el de su propia existencia, el de su misión, su vida y su muerte. Durante esos días que se le han concedido, es menester que inicie a sus discípulos en la fe, que les prepare para su muerte, para su último bautismo, que lo llevara hasta el fondo de sí mismo, para poder enviarles el Espíritu de Dios. Acabado

el tiempo de las parábolas, de los gestos proféticos, da su vida por sus amigos, confirma la fe de Pedro y de sus compañeros (Lc 22, 32), los deja dándoles el Espíritu. No es entonces la hora de los signos, sino la de la realidad (Jn 16, 29).

Sin embargo, los discípulos volverán a los signos y bautizarán de nuevo, a la manera de Juan, sumergiéndolo en el agua. Tampoco ellos, lo mismo que Juan, son capaces de dar el bautismo del Espíritu, disponer personalmente de Dios. Tampoco ellos pueden suscitar la fe, como lo hacía Jesús. Se encuentran de nuevo en la misma posición de Juan, cuando preparaba al pueblo al arrepentimiento y al don del Espíritu. Es difícil seguir los primeros gestos de la iglesia aprendiendo a dar el bautismo, resultaba claro que ponía su gesto en relación con el del bautista (Hch 1, 5, 10, 37, 11, 16).

EL BAUTISMO EN LOS HECHOS

Aunque los relatos de los *Hechos* no son los testimonios más antiguos sobre el bautismo, resulta difícil no comenzar por ellos. Nos ofrecen del bautismo y de los gestos que lo rodean una descripción que, a pesar de todo su esquematismo, siempre resulta concreta y suficientemente completa. Las alusiones de Pablo, tan ricas en experiencia espiritual, solo adquieren claridad para nosotros a partir de la práctica que nos describen los *Hechos*.

El bautismo figura en unos 30 pasajes de los *Hechos*, nombrado explícitamente en 13 relatos (cf recuadro, p 39), y se designa implícitamente sin posibles dudas en otros 16 (cf recuadro, p 40). Estos textos están dispersos a lo largo de todo el libro, hasta el arresto de Pablo en Jerusalén. La última mención en 22, 16, no es más que un recuerdo del bautismo recibido por Pablo en Damasco, bajo la responsabilidad de Ananías (Hch 9, 19). Dejando aparte este caso, que pertenece a lo que podría llamarse la «pasión de Pablo», el tiempo en que el apóstol no puede ya atestiguar más que por su palabra y por las cadenas que le atenazan, el bautismo aparece constantemente li-

EL BAUTISMO EN LOS HECHOS

Textos explícitos

- 1 El corazón compungido por estas palabras «¿Qué haremos?» – «Arrepentíos, que cada uno reciba el bautismo en nombre de Jesucristo para el perdón de sus pecados, y recibiréis el Espíritu Santo »
Los que acogieron estas palabras recibieron el bautismo, y aquel día se les unieron unas tres mil personas (Hch 2, 37-41)
- 2 Cuando (los samaritanos) creyeron a Felipe que les anunciaba la buena nueva del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, recibieron el bautismo hombres y mujeres (Hch 8, 12)
- 3 El mismo Simón creyó a su vez Recibió el bautismo y no se apartaba de Felipe (Hch 8, 13)
- 4 (Los samaritanos) solamente habían recibido el bautismo en nombre del señor Jesús Pedro y Juan bajaron, pues, a imponerles las manos y los samaritanos recibieron el Espíritu Santo (Hch 8, 16-17)
- 5 Felipe anunció al eunuco el evangelio de Jesús «Aquí hay agua ¿Qué impide que yo sea bautizado?» Bajaron ambos al agua Felipe lo bautizó El Espíritu del Señor arrebató a Felipe , el eunuco prosiguió su camino con alegría (Hch 8, 35-39)
- 6 Ananías le impuso las manos y dijo «Saulo, hermano mío, es el Señor Jesús el que me ha enviado para que tú recobres la vista y para que te llenes del Espíritu Santo» Al instante cayeron de sus ojos una especie de escamas y recobró la vista Entonces recibió el bautismo (Hch 9, 17-18)
- 7 Pedro estaba todavía diciendo estas cosas cuando el Espíritu Santo descendió sobre los que habían escuchado la palabra «¿Acaso puede alguno negar el agua del bautismo a los que han recibido el Espíritu Santo como nosotros?» Y dio la orden de bautizarlos en nombre de Jesucristo, y ellos le pidieron que se quedase algunos días (Hch 10, 47-48)
- 8 «Me acordé entonces de aquella declaración del Señor 'Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo' Por tanto, si Dios les ha concedido el mismo don que a nosotros por haber creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para poner obstáculos a Dios?» (Hch 11, 16-17)
- 9 Lidia, que ya adoraba a Dios . nos escuchaba las palabras Cuando hubo recibido el bautismo, ella y todos los de su casa, nos invitó (Hch 16, 14-15)
- 10 (El carcelero) se arrojó a los pies de Pablo y de Silas «¿Qué debo hacer para salvarme?» – «Cree en el Señor Jesús y te salvarás tu y tu casa» Entonces anunciaron la palabra del Señor En aquella misma hora, en plena noche, el carcelero los tomó consigo para lavarles sus heridas, después, sin esperar, recibió el bautismo, él y los suyos Hizo subir a Pablo y a Silas a su casa, les ofreció una comida y se alegró con toda su familia por haber creído en Dios (Hch 16, 30-34)
- 11 Crispo, el jefe de la sinagoga, creyó en el Señor con todos los suyos, y otros muchos corintios que oyeron a Pablo abrazaron igualmente la fe y recibieron el bautismo (Hch 18, 8)
- 12 «Entonces, ¿qué bautismo habéis recibido vosotros?» – «El bautismo de Juan» – «Juan dio un bautismo de arrepentimiento » Ellos le escucharon y pidieron el bautismo en nombre del Señor Jesús Pablo les impuso las manos, y el Espíritu vino sobre ellos (Hch 19, 2-6)
- 13 «Por qué dudas? ¡Vamos! Recibe el bautismo y la purificación de tus pecados invocando su nombre» (Hch 22, 16)

EL BAUTISMO EN LOS *HECHOS*

Textos implícitos

- 14 Cada día el Señor agregaba a la comunidad a los que encontraban la salvación. *(Hch 2, 47)*
- 15 Arrepentíos, pues, y volved a Dios para que vuestros pecados sean borrados *(Hch 3, 19)*
- 16 Los creyentes, cada vez más numerosos, se agregaban al Señor una multitud de hombres y mujeres. *(Hch 5, 14)*
- 17 La palabra de Dios crecía y el número de los discípulos aumentaba considerablemente en Jerusalén Una multitud de sacerdotes abrazaron la fe *(Hch 6, 7)*
18. Los que se habían dispersado cuando la tribulación originada a la muerte de Esteban, llegaron en su recorrido hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, sin predicar la palabra a nadie más que a los judíos Pero había entre ellos algunos chipriotas y cirenenses que, venidos a Antioquía, se dirigieron a los griegos y les anunciaban el evangelio del Señor Jesús La mano del Señor estaba con ellos y fue grande el número de los que abrazaron la fe y se convirtieron al Señor *(Hch, 11, 19-22)*
- 19 Cuando en Antioquía Bernabé vio la gracia de Dios, se alegró y exhortaba a todos a permanecer, con corazón firme, unidos al Señor *(Hch 11, 23-24)*
- 20 Viendo lo que pasaba, el proconsul abraza la fe, vivamente impresionado por la doctrina del Señor *(Hch 13, 12)*
- 21 Cuando la asamblea se dispersó, muchos prosélitos y judíos que adoraban a Dios siguieron a Pablo y a Bernabé, éstos conversaban con ellos y les persuadían a perseverar fieles a la gracia de Dios *(Hch 13, 43)*
- 22 A estas palabras, los gentiles, muy alegres, glorificaban la palabra del Señor, y todos los que se encontraban destinados a la vida eterna abrazaban la fe *(Hch 13, 48)*
- 23 En Iconio entraron del mismo modo en la sinagoga de los judíos, y hablaron de tal manera que muchos judíos y griegos abrazaron la fe *(Hch 14, 1)*
- 24 Después de haber anunciado el evangelio en Derbe y haber hecho bastantes discípulos, volvieron por Lистра, Iconio y Antioquía *(Hch 14, 21)*
- 25 En Tesalónica, algunos judíos se dejaron convencer y se unieron a Pablo y a Silas, así como una multitud de griegos que adoraban a Dios y un buen número de mujeres principales *(Hch 17, 4)*
- 26 En Berea muchos abrazaron la fe, de este modo lo hicieron mujeres distinguidas y un buen número de hombres *(Hch 17, 12)*
- 27 Sin embargo, algunos (atenienses) se unieron a Pablo y abrazaron la fe *(Hch 17, 34)*
- 28 (Apolo) predicaba y enseñaba exactamente lo que concernía a Jesús, aunque solamente conocía el bautismo de Juan Una vez que le habían escuchado, Priscila y Aquila lo llevaron con ellos y le presentaron mas exactamente el camino de Dios *(Hch 18, 25-26)*
- 29 «Yo te libraré de tu pueblo y de las naciones gentiles a las que yo te envío, para que les abras los ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios, para que reciban el perdón de los pecados y una parte de la herencia con los santificados, por la fe en mí» *(Hch 26, 17-18)*

gado a la actividad de los personajes de los Hechos, en cada etapa del avance del evangelio

Cuando no se menciona el bautismo, puede sin embargo reconocerse a primera vista. El proceso es siempre el mismo, tanto si se describe en aquellos que anuncian la palabra como en aquellos que la reciben. El vocabulario es el mismo: agregarse (2, 41, 5, 14) o ser agregado por el Señor (2, 47), creer y escuchar (16, 15 31, 5, 14). Cuando no se menciona el bautismo, la fórmula más frecuente es el simple verbo «creer», que no tolera ninguna ambigüedad (11, 19, 13, 12, 13, 48, 14, 1, 17, 12 34). Las traducciones se ven obligadas a ampliar esta indicación demasiado corta acudiendo a las expresiones «hacerse creyente» o «abrazar la fe». Se trata de equivalencias exactas que se completan entre sí. «Creer» indica el acto esencial, la adhesión interior, pero el bautismo es igualmente un gesto visible, un proceso que compromete en una pertenencia, en una profesión de fe pública.

La diferencia entre las dos series no parece deberse ni a las situaciones, ni a los pasos que se dan, ni a las experiencias vividas, ni a los efectos producidos. Parece depender directamente del estilo del relato. Normalmente se explicita el bautismo en los episodios un tanto desarrollados, se le sugiere simplemente en las relaciones más o menos sumarias. Quizá pueda advertirse un criterio más concreto: se especifica siempre el bautismo cuando se trata de personajes designados por su nombre o importantes por su número u origen: los tres mil convertidos del día de Pentecostes (2, 41), los samaritanos evangelizados por Felipe (8, 12), Simón el mago (8, 13), el eunuco etíope (8, 38), Cornelio y los de su casa en Cesarea (10, 48), Lidia y el carcelero de Filipos con los de su casa (16, 15 33), Crispo en Corinto (18, 8), los discípulos de Juan bautista en Efeso (19, 5). También se ha señalado que, exceptuando los dos bautismos de Filipos, el bautismo no se menciona nunca dos veces en el mismo lugar (comparese 2, 41 por un lado, y por otro 2, 47, 5, 14 y 6, 7). Quizás es que, en cada ocasión, esos nuevos bautismos marcaban la fundación de una nueva comunidad. Y quizá, si en Filipos se menciona igualmente los bautismos de Lidia y del carcelero, es porque el autor de los *Hechos* quiere subrayar que el evangelio está a punto de conquistar el mun-

do tanto en el plano social como en el geográfico. El episodio de Lidia hace pensar que los cristianos de Filipos se reunían en su casa, lo mismo que los de Jerusalén en casa de la madre de Juan-Marcos. Las mujeres adquieren un papel destacado en los primeros pasos de la iglesia.

Así, pues, el bautismo en estas dos series de textos es una realidad perfectamente definida y conocida por todos. Es idéntico en todos los sitios en que nos encontramos con él: en Jerusalén, en Antioquía o en Corinto, el mismo bajo la responsabilidad de Pedro, de Pablo, de Ananías o de Felipe. Esta unidad no se ha puesto nunca de realce, dado que se trata de algo lógico. Sin insistencia alguna, sin esbozar siquiera una reflexión teológica sobre ella, los *Hechos* confirman en su lenguaje sencillo la confesión triunfal: «Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo» (Ef 4, 5). Sin duda la aclamación de la carta a los efesios es el eco de una liturgia bautismal ya elaborada y de una síntesis excepcionalmente densa que recoge en unas breves palabras la presencia del Señor Jesús, el gesto sacramental, la experiencia espiritual y la unidad de la iglesia. No es este el estilo de los *Hechos*, pero sí que se trata de la misma realidad.

EN TORNO AL BAUTISMO

Basta una sola palabra, e incluso una mera alusión, para evocar al lector de los *Hechos* un gesto que le resulta familiar. De esto no se puede concluir que ese gesto descrito tan rápidamente se redujera a un rito expeditivo y ejecutado ligeramente. El rito está siempre presente y es por tanto esencial, pero no está nunca aislado de un conjunto que le ha precedido y le acompaña.

Antes del bautismo se da siempre el anuncio de la palabra. Esta mención no figura siempre en el recuadro para evitar citas demasiado largas, pero nunca está ausente. Las dos excepciones son tan solo aparentes. En 2, 41, si se omite el anuncio de la palabra, es porque todo el discurso de Pedro que le precede se hace para preparar el bautismo de 2, 38. Y si, al menos en Hch 9 18, no se menciona ninguna palabra antes del bautismo de Pablo (a

diferencia de 22, 16), es porque la palabra se la ha dirigido expresamente nuestro Señor «Yo soy el que tu persigues» Y sin forzar los textos, se puede establecer un paralelismo curioso entre la pregunta de los oyentes de Pedro en Jerusalem «¿Que haremos?» (2, 37) y la de Pablo en Damasco «¿Que he de hacer, Señor?» (22, 10)

El relato de los *Hechos* coincide en este punto con la declaracion de Pablo a los galatas «El evangelio que os he anunciado, no me lo ha transmitido ni enseñado un hombre, sino una revelacion de Jesucristo» (Gal 1, 11s) Dejando aparte este caso unico, los *Hechos* no conocen un bautismo que no vaya precedido del anuncio del evangelio Si el rito no se menciona en la mitad de los ejemplos, la palabra se menciona constantemente Por otra parte, ella encierra acentos muy diversos En Jerusalem, la denuncia del pecado de la ciudad matando a su mesias, en vez de acabar con el anuncio del castigo segun el modelo de las amenazas profeticas, concluye con la proclamacion de la victoria de Cristo y con la invitacion al arrepentimiento (2, 36-38) Por otra parte, desde Samaria (8, 12), Gaza (8, 35) y Cesarea (10, 42s), nos encontramos con la proclamacion de la buena nueva, pero, aunque no se de ningun reproche dirigido a los oyentes, el anuncio del evangelio encierra normalmente la proclamacion del perdón de los pecados

El efecto de esta palabra es la fe Creer, o un termino equivalente escuchar la palabra, dejarse convencer, aparece a menudo en la serie explicita (2, 41, 8, 12, 8, 13, 11, 17, 16, 15, 16, 31, 18, 8, 19, 4) y, en la serie implicita, es el equivalente habitual de recibir el bautismo El sentido no es absolutamente identico en los dos casos En el primero, significa la adhesión a la palabra oída, y ese movimiento acaba en el bautismo En el segundo, creer tiene por si mismo un sentido global e indica a la vez el proceso interior y la posición nueva y visible en el mundo Esta adhesión se designa por varios nombres, que muestran que el bautismo es una realidad compleja Es a la vez «ser agregado a la comunidad» (2, 47) o «agregarse al Señor» (5, 14), una iniciativa nacida juntamente de Dios y del hombre, que tiene al Señor como origen y como fin Es una obediencia activa (6, 7), pero también el abandono a

una fuerza superior (17, 4) Es una relacion nueva vivida en una comunidad, al lado de unas figuras representativas, Pablo o Bernabe (13, 43, 17, 34) No se trata de un juego estilístico de un autor delicado, sino de una expresión natural de la realidad concreta El bautismo es algo muy distinto de un rito obligatorio y fugitivo, es la respuesta personal al anuncio del evangelio, es una relacion nueva con Dios, es la purificación del corazón mediante el perdón de los pecados, es un vínculo que une a los discipulos de Jesus

El bautismo se da «en el nombre de Jesus» (2, 38, 8, 12, 16, 10, 48, 19, 5) Quizas haya en esta expresión la huella de una fórmula ritual, sustituida más tarde por la fórmula trinitaria «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19) Los sacerdotes de Israel, al bendecir al pueblo, invocaban por tres veces el nombre del Señor, haciendo así reposar sobre sus elegidos el poder del nombre divino (Nm 6, 22-27) Pero hay que evitar reducir el gesto bautismal a la pronunciación de unas cuantas palabras Las palabras de Ananias a Pablo «Recibe el bautismo y la purificación de tus pecados invocando su nombre» (22, 16) parecen sugerir que la fórmula es pronunciada por el bautizado No hay que deducir de aquí que la iniciativa venga de él uno no se da el bautismo como se sumerge en el agua El verbo está siempre en pasiva se recibe el bautismo, sin que se enuncie nunca el nombre del bautizante El único nombre que se pronuncia es el del Señor Jesus Esta regla constante está en la línea exacta de la preocupación de Pablo por negarse generalmente a bautizar el mismo, para que «nadie pueda decir que habéis sido bautizados en mi nombre» (1 Cor 1, 15) El único caso en que es nombrado el «bautizante» es el de Felipe al dar el bautismo al eunuco (8, 38) Aquí no es posible ningún equívoco Por otra parte, este caso es también el único en que no se sitúa el bautismo en una comunidad

En un libro precioso sobre la «pastoral del bautismo», J J von Allmen enumera tres razones de este bautismo, excepcional en muchos aspectos marcar el aspecto personal del bautismo, mostrar que los eunucos, excluidos de la promesa de Dios bajo la antigua alianza, son acogidos ahora en la comunidad nueva, significar que la cristiandad

africana, como todas las demas, tiene su fuente en Palestina ⁴

Si no se menciona el nombre del bautizante y si se da a entender que su persona importa poco, no hay que deducir de esto que la iniciativa del bautismo le corresponda a cualquiera Pedro es el que, en Cesarea, decide que se bauticen Cornelio y su casa (10, 48) y todos los textos hacen creer, señalando la presencia de Pedro (2, 41 «Los que acogieron estas palabras recibieron el bautismo»), de Felipe (8, 12s), de Ananias (9, 17-19, 22, 16) o de Pablo (19, 5 «Escucharon y pidieron el bautismo»), que la decision de bautizar corresponde normalmente a un personaje de autoridad reconocida

El tiempo que separa el anuncio de la palabra del rito bautismal no se indica en ninguna ocasion Para el eunuco etiope por lo menos (8, 35-38) y para el guardian de la carcel de Filipos (16, 33), el relato insiste en su brevedad, pero no hay nada que permita pensar que fuera este el caso general La vacilacion de Pablo y la insistencia de Ananias (22, 16) debieron reproducirse en mas de una ocasion Y el conjunto de textos sugiere cierto tiempo de preparacion, ya que, salvo cuando se provocan incidentes desde fuera, los misioneros tienen la costumbre de permanecer en el lugar adonde llegan A pesar de todo, el conjunto deja la impresion de un tiempo reducido, pero no hay que olvidar que el relato de los *Hechos* tiende a mostrar la rapidez con que el evangelio fue llevado hasta los extremos de la tierra

Es frecuente que se bautice juntamente un personaje con los de su casa Lucas señala cuatro ejemplos Cornelio (10, 44-48), Lidia (16, 15), el carcelero (16, 33), y Crispo (18, 8) Puede tratarse de una forma de evocar la fuerza del evangelio, o quizas tambien de recordar el papel que habian representado, en los origenes de la iglesia, los cristianos acomodados o conocidos que pusieron su casa a disposicion de sus hermanos El tema de la casa, de la hospitalidad, de la convivencia, es una constante en los *Hechos* Es el signo de que toma cuerpo y raiz una comuni-

dad El bautismo es un acontecimiento tanto para el que lo recibe como para la comunidad en donde se da

¿Y LOS NIÑOS?

Bautizar a una casa al mismo tiempo que a su amo, ¿supone el bautismo de los niños? No es prudente afirmarlo demasiado aprisa Por una parte, Pablo les recuerda a los corintios una verdad que le parece evidente los niños nacidos en un hogar cristiano son santos, es decir puros, desde su nacimiento (1 Cor 7, 14) ⁵ Por otra parte, en la casa de Cornelio en Cesarea, o en Corinto en casa de Crispo (Hch 10 43, 18, 8), la «casa» que recibe el bautismo empezo por escuchar a Pedro y por creer en la palabra de Pablo El argumento mas serio en favor del bautismo de los niños es la practica judia de circuncidar a todos los varones de una familia que abrazaba la fe de Israel Pero el argumento puede volverse en contra, ya que, si la practica judia pudo ejercer una influencia en los cristianos, tambien es posible preguntarse si no sugeria mas bien marcar la distancia

Todos estos ejemplos recuerdan un dato fundamental de la fe, acertadamente destacado por J J von Allmen «La fe es tambien siempre fe vicaria, fe para los demas Nunca esta uno solo en la fe Sobre la base de la fe de su *padre* es como la hija de Jairo se vio liberada de la muerte, a la peticion creyente de su *madre* le debe la curacion la niña siriofenicia, al llevarlo su *padre* a Jesus y al confesar este su fe es como el niño lunatico, mudo o poseso, recobra la salud y el equilibrio, la fe del comandante romano de *Cafarnaun* ayuda a la curacion de su criado Asi, pues, por analogia puede decirse que el bautismo de los niños no esta en contradiccion con el mandato biblico procla-

⁵ J J von Allmen ve en esta reflexion de Pablo una indicacion de que se bautizaba a los niños «Si los hijos de la pareja mixta son santos esto demuestra que el matrimonio de sus padres es un matrimonio valido y que son tratados en la iglesia como se trata a los hijos de dos padres creyentes No veo a que otra cosa pueda referirse este trato mas que al bautismo» (p c 84)

⁴ J J von Allmen *Pastorale du bapteme* (Cahiers oecumeniques 12) Fri bourg-Suisse 1978 70

macion del evangelio —acogida de este evangelio mediante la profesion de fe— bautismo, admite que excepcionalmente la fe que precede al bautismo no sea la del mismo candidato, sino la fe de aquel o de aquellos que, al pedir su bautismo, responden de el y responden por el»⁶

EL BAUTISMO EN PABLO

Los textos paulinos sobre el bautismo son al mismo tiempo preciosos y demasiado poco explicitos a nuestro gusto. Por una parte, nos ofrecen ciertamente indicaciones concretas sobre la preparacion al bautismo, sobre las condiciones de acceso, sobre el desarrollo del gesto y el lugar que ocupaba en la comunidad. Una frase como la declaracion de 1 Cor 1, 17 «Cristo no me ha enviado a bautizar, sino a anunciar el evangelio», haria pensar incluso en que a los ojos de Pablo el bautismo no tiene mas que una importancia secundaria.

Pero eso seria una impresion mal fundada. Es verdad que la mision propia de Pablo es ir siempre por delante, llevar el evangelio «adonde no se ha pronunciado todavia el nombre de Cristo» (Rom 15, 20). Tambien es verdad que Pablo, instruido por la experiencia, tiene miedo, al dar el bautismo, de que haya un partido en la iglesia que apele a su nombre (1 Cor 1, 13). Pero cuando Pablo habla del bautismo, se refiere siempre a el como a una practica general y fundamental, universal en todos los cristianos. Habla sobre todo de el como de una experiencia espiritual capital, punto de partida de toda la existencia en Cristo. De forma que, cuando dice «bautismo», remite a la vez al rito recibido y a todo lo que represento y sigue representando todavia ese momento en la vida de los bautizados. El bautismo para Pablo es un acontecimiento señalado por un rito. Mas exactamente, es la coincidencia de dos acontecimientos, el acontecimiento de la muerte/resurreccion de Cristo que viene a marcar y a transformar en profundidad la personalidad del bautizado.

Como el bautismo es ante todo para Pablo el acontecimiento espiritual de donde parte la experiencia cristiana, casi todos los pasajes en donde habla de el llevan la marca de su propia experiencia y de su reflexion personal, pero conservan, a pesar de todo, la huella original de un gesto recibido en la comunidad, recibido pluralmente, uniendo a todos los que lo reciben en una experiencia comun (recuadro, p. 45). Todas las referencias directas están en plural, y a menudo en primera persona del plural. No se trata solamente de una exhortacion destinada a un grupo. El «nosotros» de esos textos es la expresion de un paso dado juntamente, de un acontecimiento a la vez personal y colectivo, comunitario. Un acontecimiento que, sin perturbar las condiciones visibles de la existencia y la posicion en la sociedad, crea un tipo nuevo, inédito, de relacion entre los hombres, una fraternidad, una identidad nueva.

Los textos mas significativos de esta transformacion son los textos n. 3 (1 Cor 12, 13), n. 5 (Gal 3, 26-28) y n. 7 (Col 3, 9-11). Estan demasiado cerca los unos de los otros para no suponer en ellos un origen comun. Este origen no puede ser simplemente un tema predilecto de Pablo. Por tres veces aparece una formula característica: «Hemos sido. Habis sido. Todos nosotros. Todos vosotros», y se trata siempre del bautismo y de la unidad creada por este gesto. Debe tratarse de un formulario tipo en donde se expresa la conciencia de haber vivido juntos un acontecimiento decisivo y de constituir juntos una comunidad de gracia que reunia a los que antes separaba todo: la raza, la lengua, la religion. Se ha pensado en las aclamaciones hechas en coro por los recién bautizados al salir del agua y al celebrar con este estribillo la unidad finalmente adquirida.⁷ Desde sus expresiones mas antiguas, el bautismo es la entrada en una realidad absolutamente nueva. Ademas, nunca en estas formulas antiguas se califica al bautismo de «nuevo nacimiento», pero aparece ya «la vida nueva» (Rom 6, 4) y «el hombre nuevo» (Col 3, 9). Se trata de una realidad nueva, cuyo unico punto de comparacion posible es la creacion del universo.

⁶ O c 86

⁷ Cf M. Bouttier, *Complexio oppositorum. Sur les formules de 1 Co XII 13 Gal III 26-28 Col III 10-11*. *New Testament Studies* 23 (1976) 1-19.

EL BAUTISMO EN LAS CARTAS PAULINAS

1. ¿Está dividido Cristo?
¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros?
¿Acaso habéis sido bautizados en el nombre de Pablo? Gracias a Dios, yo no he bautizado a ninguno de vosotros, excepto a Crispo y Gayo.
Así nadie puede decir que habéis sido bautizados en mi nombre...
Porque no me ha enviado Cristo a bautizar, sino a anunciar el evangelio.
(1 Cor 1, 13-17)
2. No quiero dejaros ignorar, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, todos ellos atravesaron el mar, y todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar.
(1 Cor 10, 1-2)
3. Porque hemos sido bautizados en un solo Espíritu, para formar un solo cuerpo, judíos y griegos, esclavos y hombres libres, y hemos bebido de un solo Espíritu.
(1 Cor 12, 13)
4. Si fuera de otra forma, ¿qué ganarían los que se hacen bautizar por los muertos? Si los muertos no resucitan en forma alguna, ¿porqué se hacen bautizar por ellos?
(1 Cor 15, 29)
5. Porque todos sois, por la fe, hijos de Dios en Jesucristo.
Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo.
(Ef 4, 3-6)
6. ¿O bien ignoráis que todos nosotros, bautizados en Jesucristo, hemos sido bautizados en su muerte? En efecto, hemos sido sepultados con él en la muerte, para que como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, vivamos también nosotros una vida nueva.
(Rom 6, 3-4)
7. Habéis sido despojados del hombre viejo con sus obras, y os habéis revestido del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto según la imagen de su creador, donde no hay griego y judío, circunciso e incircunciso, bárbaro y escita, esclavo y hombre libre, sino que Cristo es todo en todos.
(Col 3, 9-11)
8. Aplicaos a guardar la unidad del Espíritu por el lazo de la paz.
Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a la que habéis sido llamados.
Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que reina sobre todos, que obra por todos y habita en todos.
(Ef 4, 3-6)

EL BAUTISMO Y EL DON DEL ESPIRITU: LOS HECHOS DE LOS APOSTOLES

Entre el bautismo y el don del Espíritu se dan unos vínculos muy estrechos, hasta el punto de que en el Nuevo Testamento no se puede separar el bautismo del Espíritu, pero su presentación puede ser muy diferente. La de Pablo y la de los *Hechos* no pueden leerse de la misma forma. La cronología de los textos pediría que se empezase con Pablo, pero es preferible empezar por los *Hechos*, que ponen en escena las prácticas, mientras que Pablo atiende sobre todo a la experiencia espiritual.

Los *Hechos* no identifican nunca el bautismo y el don del Espíritu. Siempre distinguen entre el rito bautismal puesto por los hombres, y la venida del Espíritu, descrita siempre como una acción de Dios mismo. En esto siguen estando en la línea de Juan bautista: «Yo os bautizo en agua, (el que ha de venir) os bautizará en el Espíritu Santo y el fuego» (Lc 3, 16). Los *Hechos* recogen dos veces esta frase, en 1,5, antes de la ascensión, y en 11, 16, después del bautismo de Cornelio. En el primer caso *pronunciada por Jesús, se refiere al don de pentecostes*; en el segundo, recordada por Pedro, explicaba por qué este al haber visto renovarse para los paganos el acontecimiento de pentecostes, se vio obligado a conferirles el bautismo que habían recibido los judíos de Jerusalén que habían creído en Jesús.

No obstante, si la diferencia es clara, y resulta capital para distinguir los gestos del hombre y la acción de Dios, la vinculación sigue siendo esencial. Desde el momento en que se ha derramado el Espíritu, se impone el bautismo, y en el relato de pentecostes al que se refiere Pedro si este invita a sus oyentes a recibir el bautismo, es para que reciban el Espíritu Santo, los dos momentos se siguen sin ningún corte. Incluso es seguramente ese vínculo casi inmediato el que obliga a Pedro, en Cesarea, a hacer que se les de el bautismo. El uno no se da sin el otro.

Sin embargo, hay dos episodios que suponen una distancia mucho más clara. En Samaria, los nuevos cristianos bautizados por Felipe no conocen la experiencia de pentecostes, y es preciso que Pedro y Juan vayan desde Jerusa-

len a rezar y a imponerles las manos, para que finalmente los samaritanos reciban el Espíritu Santo (Hch 8 14-17). Se ha preguntado de dónde venía esta diferencia que parece situar en condiciones de inferioridad a los cristianos de Samaria respecto a los de Jerusalén. Se piensa muchas veces que la presencia de los apóstoles testigos de Cristo y de su promesa, subraya la unidad que establece el Espíritu entre todos los miembros de la Iglesia.

Este argumento puede ganar en fuerza si se advierte que, en Efeso (Hch 19, 5-6), los discípulos que no conocían el Espíritu y reciben el bautismo, reciben a continuación la imposición de las manos de Pablo antes de ver descender sobre ellos al Espíritu. También allí Pablo sería el testigo de la Iglesia única y universal. Es posible esta explicación. Sin embargo, hay que reconocer que ningún detalle de estos dos episodios pone de relieve esta función de los apóstoles.

Una tesis reciente⁸ acaba de proponer otra explicación. La diferencia entre las dos perspectivas parece reflejar dos prácticas diferentes que pudieron coexistir por algún tiempo en la Iglesia naciente, en una época en que *unas comunidades relativamente aisladas podían seguir ciertas tradiciones propias*. En efecto, el lenguaje no es idéntico en todas partes. En los casos en que el bautismo y el don del Espíritu parecen inseparables, en Jerusalén y en Cesarea, el bautismo se recibe «bajo el nombre de Jesús» (en griego, *en o epi tôi onomati*). Los samaritanos y los discípulos que Pablo encuentra en Efeso son bautizados «para entrar en el nombre de Jesús» (*eis to onoma*). Parece ser que se atiende aquí sobre todo a la entrada en el pueblo de Dios, lo mismo que, según Pablo (1 Cor 10, 2), los hebreos que pasaron el mar Rojo fueron todos bautizados «para entrar en Moisés en la nube y en el mar». Esta admisión en el pueblo de Dios no es más que un primer paso, que sigue siendo relativamente exterior, y que ha de completarse con la venida del Espíritu por la imposición de las manos. Al contrario, el bautismo recibido bajo el nombre de Jesús pone inmediatamente en juego toda la fuerza de ese nombre y acaba de ese mismo modo por el

⁸ M Quesnel *Baptises dans l'Esprit* (Lectio divina 120) Cerf Paris 1985

EL DON DEL ESPIRITU SANTO SEGUN LOS HECHOS

- 1 Les mandó que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la promesa del Padre «Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo» *(Hch 1, 4s)*
- 2 De repente vino del cielo un ruido como el de una rafaga de viento que llenó toda la casa Entonces se les aparecieron como lenguas de fuego que se distribuían y se posaban sobre cada uno de ellos Quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar otras lenguas según el Espíritu les concedía expresarse *(Hch 2, 1-4)*
- 3 «Arrepentíos Que cada uno se bautice en el nombre de Jesucristo para el perdón de sus pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo Pues para vosotros es la promesa» *(Hch 21, 38-39)*
- 4 Al día siguiente, se reunieron los jefes, los ancianos y los escribas , estaba el sumo sacerdote Anás, Caifás Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo Ellos constataban la seguridad de Pedro y Juan hombres sin instrucción y gente sin cultura reconocieron en ellos a los discípulos de Jesús *(Hch 4, 5-14)*
- 5 Se presentaron (los siete) a los apóstoles, que rezaron y les impusieron las manos *(Hch 6, 6)*
- 6 Samaría había acogido la palabra de Dios Los apóstoles enviaron a Pedro y a Juan Estos últimos rezaron por los samaritanos para que recibieran el Espíritu Santo Pedro y Juan bajaron y les impusieron las manos y los samaritanos recibieron el Espíritu Santo *(Hch 8, 14-15)*
- 7 Felipe y el eunuco bajaron al agua, y Felipe lo bautizó Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe y el eunuco no lo vio más, pero siguió el camino con alegría *(Hch 8, 38s)*
- 8 Ananías le impuso las manos y le dijo «Saulo, hermano mío, es el Señor quien me envía para que recobres la vista y te llenes del Espíritu Santo» Al instante, cayeron de sus ojos una especie de escamas y recobró la vista Entonces recibió el bautismo *(Hch 9, 17s)*
- 9 Pedro estaba todavía diciendo estas cosas cuando el Espíritu Santo descendió sobre los que habían escuchado la palabra Quedaron atónitos pues el Espíritu Santo había sido derramado también a las naciones gentiles Entonces Pedro volvió a tomar la palabra «¿Acaso alguno puede negar el bautismo a estas gentes que han recibido como nosotros el Espíritu Santo?» Y dio orden de bautizarlos en nombre de Jesucristo *(Hch 10, 44-48)*
- 10 Había en Antioquía profetas y maestros Un día que ellos celebraban el culto del Señor y ayunaban, el Espíritu Santo dijo «Preparadme a Bernabe y a Saulo para la obra a la que los he llamado» Entonces, después de haber ayunado y rezado, y de haberles impuesto las manos, los enviaron Así fueron enviados en misión por el Espíritu Santo *(Hch 13, 1-3)*
- 11 En Efeso, Pablo encontró algunos discípulos y les preguntó «¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando abrazasteis la fe?» – «¡Pero si ni siquiera hemos oído hablar del Espíritu Santo!» – «¿Qué bautismo habéis recibido entonces?» – «El bautismo de Juan» – «Juan dio un bautismo de conversión y pidió al pueblo que creyera en el que venía detrás de él, es decir, Jesús» Ellos le escucharon y recibieron el bautismo en nombre del Señor Jesús Pablo les impuso las manos y el Espíritu Santo vino sobre ellos *(Hch 19, 1-7)*
- 12 Luego Jesús los llevó hacia Betania y, levantando las manos, los bendijo Y mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo *(Lc 24, 50)*

don del Espíritu Detrás de los matices del lenguaje se encuentra siempre sin duda la huella de dos prácticas diferentes, una (en *en*), que se remonta quizás a las comunidades cercanas a los doce y a las tradiciones de Juan bautista, y otra (en *eis*) extendida entre los círculos helenistas

En uno y otro caso, el bautismo no es más que un momento indispensable del proceso que acaba con el don del Espíritu. E incluso cuando el don del Espíritu no está separado del bautismo, por ejemplo en pentecostes, se distinguen los dos momentos, y corresponden a dos realidades perfectamente distintas. El bautismo es una operación practicada por los hombres, sin que por otro lado tenga mucha importancia la identidad de esos hombres. Son casi siempre anónimos. Pero el bautismo implica siempre una responsabilidad, una persona que decide la realización del gesto. Supone antes de él el anuncio de la palabra de Dios, la adhesión de la fe a esa palabra y la verificación de esta fe por parte de unos creyentes competentes. En resumen, una serie de gestos en los cuales la iglesia compromete su fe, su experiencia, su conciencia de actuar en nombre de su Señor. En el don del Espíritu, la iglesia no puede menos de borrarse para darle a Dios todo su sitio. Incluso cuando, en la tradición «helenista», la iglesia completa el gesto del bautismo mediante otro gesto litúrgico, la imposición de las manos, no hay que engañarse sobre el sentido de este rito. Las manos levantadas hacia el cielo y que bajan luego sobre la cabeza del bautizado no significan una toma de posesión, sino la bajada del Espíritu, que responde a la llamada de la oración. Casi siempre en los *Hechos*, la imposición de las manos va precedida de la oración (6, 6, 8, 15-17, 28, 8), de una oración que ha de ser insistente y que a menudo va acompañada del ayuno (13, 3). Se trata siempre de llamar al Espíritu y no de darle. Hay, por así decirlo, una distribución de tareas: la iglesia anuncia la palabra, denuncia el pecado, exhorta al arrepentimiento, significa el perdón y acoge en la comunidad. Este trabajo indispensable no es más que una preparación y termina solo con el Espíritu que viene a purificar los corazones y a dar la fuerza del testimonio y del impulso apostólico.

EL BAUTISMO Y EL DON DEL ESPÍRITU: PABLO

Tampoco Pablo separa el bautismo del don del Espíritu. Va incluso más lejos que los *Hechos*, al establecer una equivalencia perfecta entre el gesto de la iglesia y el don del Espíritu. «Pero vosotros habéis sido lavados, pero habéis sido santificados, pero habéis sido justificados por el nombre de nuestro Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios» (1 Cor 6, 11). Se da una coincidencia total aquí entre el nombre de Jesús y el don del Espíritu. Sin embargo, no es fácil situar un texto como este en relación con los de los *Hechos*. En efecto, estos últimos tienen siempre ante la vista el rito mismo puesto en la iglesia, aun cuando no se mencione. Pablo no se olvida del rito, ciertamente presente detrás del «habéis sido lavados» en el nombre de nuestro Señor», pero del rito conserva ante todo la experiencia interior vivida por el bautizado. Pues bien, esta experiencia es indisolublemente la de Cristo y la del Espíritu. «Todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu para ser un solo cuerpo y todos hemos bebido del mismo Espíritu» (1 Cor 12, 13). Por eso no resulta fácil, ni mucho menos, discernir a través de unas fórmulas que intentan ser sintéticas la huella de unas prácticas que ponen de manifiesto la distinción entre dos momentos. Siempre que Pablo evoca el bautismo, expresamente o no, tiene en cuenta todo el conjunto: el rito recibido, la experiencia vivida y la integración en el cuerpo. Hay que leer juntamente y de una sola vez estos dos pasajes: «Todos sois por la fe hijos de Dios en Cristo Jesús. En efecto, todos habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo», y «puesto que sois hijos, Dios ha enviado a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que grita: ¡Abba, Padre!» (Gal 3, 27 y 4, 6). Se trata del mismo acontecimiento, de la misma experiencia filial de Dios Padre. La diferencia no está en una sucesión de gestos, está en la realidad de las personas y de su acción. Cristo se queda, por así decirlo, en el exterior: es objeto de la fe, ampara y reviste, hace entrar en su universo. Por el contrario, el Espíritu es inaferrable, no tiene ninguna imagen visible, está en el interior, hablando por boca del hombre, y le da su propia voz.

La carta a los romanos ofrece un paralelismo idéntico entre el bautismo como gesto de Cristo que nos sumerge en su propia muerte y el bautismo como gesto del Espíritu que arrastra nuestros cuerpos en la resurrección de Jesús. «Hemos sido sepultados con el (Cristo Jesús) por el bautismo en la muerte, para que, como Cristo resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, vivamos también nosotros una vida nueva» (Rom 6, 4) — «Si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por el Espíritu que habita en vosotros» (Rom 8, 11) En estas fórmulas tan densas es imposible eliminar el bautismo, su rito y sus símbolos. Es imposible igualmente separar la presencia viva de Cristo resucitado y el poder siempre en acción del Espíritu. Y también es imposible separar la experiencia vivida por el bautizado de su existencia nueva en el mundo. Dios en tres personas en el acontecimiento de Cristo, el sacramento, la vida cristiana — estas tres realidades están unidas para siempre.

Por muy profunda e inmediata que sea en Pablo la identificación entre el rito recibido y la experiencia interior, el bautismo guarda dentro de sí un sentido comunitario sumamente fuerte. Y más aun que el aspecto comunitario de este gesto, aparece en Pablo su aspecto «escatológico», el de un acontecimiento decisivo, el de un momento irreversible en la historia de la humanidad: la reconciliación fundamental, aquella de la que dependen todas las demás en el mundo de los hombres, aquella que reúne en la unidad las dos fracciones separadas que dividen a la humanidad: los judíos y los paganos. Este tema es quizás más antiguo que el mismo Pablo. Efectivamente, es designado como el efecto propio del bautismo en una serie de trozos, en donde se percibe a la vez la presencia de una asamblea que vive el tiempo fuerte de una experiencia común, y el ritmo de una expresión pronunciada a coro, como un canto triunfal (cf recuadro, p 45, los n 3, 5 y 7).

Estos tres fragmentos se han de situar cronológicamente: la primera a los corintios se remonta a las primeras cartas de Pablo, la de los romanos a su madurez, la de los colosenses a sus últimos años y quizás es incluso pos-

terior a su muerte. Por eso mismo es más impresionante la relación que tienen entre sí.⁹ En cada ocasión, se vincula el mismo dato nuevo, la misma experiencia sin precedentes, con el bautismo por medio de la misma fórmula característica: «Hemos sido / Habéis sido». Generalmente, el verbo es «bautizados», pero puede ser sustituido por un equivalente más expresivo: «Os habéis despojado» (Col 3, 9). Por dos veces, el desarrollo central «ni griego ni judío» se ve encuadrado por la mención, antes y después, del acontecimiento inicial: «bautizados en un solo Espíritu», hemos bebido de un solo Espíritu» (1 Cor 12, 13), «bautizados en Cristo», uno en Jesucristo» (Gal 3, 27-28). En fin, los «todos nosotros», todos vosotros» parecen remontarse a un formulario tipo en donde, «con ocasión del bautismo, el cristianismo helenístico ha expresado su conciencia de constituir la comunidad escatológica que reúne por la gracia de Dios a los que todo separaba» la raza, la lengua, la religión.¹⁰ El estribillo de la carta a los efesios «Un solo Señor, un solo bautismo» (Ef 4, 5-6) procede de otro modelo, el de la confesión de fe. Pero la vinculación del bautismo con Dios por una parte y con la totalidad del mundo por otra, coincide con las aclamaciones de la serie anterior. Desde sus expresiones más primitivas, el bautismo es la entrada en una realidad nueva, sin otro precedente posible más que la creación del universo. Por el bautismo, el cristiano queda situado en el corazón del mundo.

¿QUE ES EL SACRAMENTO?

Esta doble consideración sobre el bautismo, la de los *Hechos*, que parte del gesto practicado por la iglesia, y la de Pablo, que celebra la experiencia nueva vivida por la comunidad y el bautizado, nos ilumina sobre la realidad del sacramento. Cuando Pablo, para hacer comprender a los corintios el callejón sin salida adonde los han llevado sus divisiones, escribe en un solo impulso: «¿Acaso esta

⁹ Cf M. Bouttier, *op. cit.* p. 44.

¹⁰ *Ibid.* p. 10.

SACRAMENTOS Y MINISTROS

dividido Cristo? ¿Acaso Pablo ha sido crucificado por vosotros? ¿Acaso habeis sido bautizados en el nombre de Pablo?» (1 Cor 1, 13), señala, desde tres puntos de vista convergentes, la misma realidad. Esta realidad es Cristo en la verdad de su historia, la de su muerte en la cruz. Pero es también el Cristo de hoy, vencedor de la muerte, en el que han sido abolidas todas las divisiones. Y es finalmente el Cristo del bautismo, aquel cuyo nombre llevan sus discipulos y que, por el poder de su nombre, los libera de todas las muertes.

Para designar el bautismo, Pablo utiliza una fórmula infinitamente simple y sin equívocos «Vosotros sois de Cristo» (1 Cor 1, 12, 3, 23, 15, 23). Sois de Cristo tan realmente como Cristo es de Dios. Cristo es una realidad anterior a vosotros y por la cual habeis sido hechos lo que sois. No solo no os perteneceis a vosotros mismos porque habeis sido dados, lo cual haría del bautismo una realización del hombre y de la iglesia, el partido de los que se adhieren a Cristo y le dan su voz, sino que no os perteneceis porque otro, Cristo, os ha tomado y ha hecho de vosotros lo que sois.

Este carácter de exterioridad, de alteridad, es esencial al bautismo y a todos los gestos puestos en la iglesia «en nombre del Señor Jesús», y a los que más tarde se dará el nombre de «sacramentos». El bautismo está hecho para ser visible, para hacer visible la existencia del cristiano en el mundo, y la iglesia tiene que inscribirlo en sus registros. Lo mismo que es también visible un nacimiento, que forzosamente se inscribe en el entorno de los hombres, bien sea en los archivos del registro civil, bien en la conciencia de la familia o en las tarjetas de invitación para celebrar el acontecimiento.

Pero no hay para Pablo ninguna oposición entre este carácter de exterioridad visible y la experiencia interior. Ser tomado por Cristo, ser admitido a llevar su nombre y recibir el Espíritu son dos aspectos inseparables del único acontecimiento. No es posible separarlos, como tampoco se pueden separar como dos acontecimientos la muerte/resurrección de Cristo y el don del Espíritu. El sacramento del primero es necesariamente el sacramento del otro. El bautismo y la confirmación son las dos caras distintas de una acción indivisible, los dos momentos de un único proceso.

Si el bautismo es un gesto público, si el sacramento supone una intervención exterior y la presencia de otro, y si ese otro tiene que intervenir «en nombre de Jesucristo», se comprende que ese otro no pueda constituirse a sí mismo como responsable de ese gesto. El sacramento supone un «ministro». Quizá fuera mejor hablar de un ministerio, en vez de un ministro: el ministerio de la iglesia, porque el ministro del rito no toma siempre la responsabilidad del sacramento, como por ejemplo cuando, según la tradición católica, cualquiera puede administrar el bautismo con tal que quiera «hacer lo que hace la iglesia», o sea, precisamente poner en juego el ministerio de la iglesia. Nadie bautiza en su propio nombre, nadie recibe el bautismo de Cefas, de Apolo o de Pablo (1 Cor 1, 12), todos son bautizados en el nombre de Jesús por su iglesia.

Pero la iglesia no existe más que en unos hombres, y el ministerio de la iglesia no puede ejercerse normalmente más que por medio de unos hombres encargados de este ministerio. En el punto de partida de este ministerio, en la *fuerza de todos los que les seguirán, está el de los apóstoles*. Dos cosas constituyen al apóstol, según san Pablo, que fue ciertamente el que reflexionó más profundamente en el ministerio del que el mismo estaba encargado. «He visto al Señor» (1 Cor 9, 1) y «He sido enviado» (1 Cor 1, 17, 2 Cor 5, 20). Haber visto a Jesús resucitado es haber tenido un encuentro irremplazable, haber sido tomado por el personaje vivo, por su realidad singular que ninguna imaginación es capaz de hacer presente y que jamás agotará memoria alguna. Ser enviado es recibir esa experiencia para transmitirla, es percibir en Cristo resucitado su personalidad profunda, la de enviado: la de hijo «Como el Padre me envió, así yo os envío a vosotros» (Jn 20, 21). La fórmula de Juan no es más plena que la de Mateo: «Se me ha dado todo poder, así, pues, id a hacer discipulos» (Mt 28, 18s).

Haber conocido en Jesucristo el rostro de Dios, haber descubierto en ese rostro el amor que abraza al mundo, esta experiencia de los apóstoles es la que hizo a la iglesia, la que constituyó a la iglesia en su vocación propia, apostólica y misionera. Esta vocación es ministerial, ya

que Jesús no actúa ahora de forma visible, no habla más que por labios de sus testigos y no se da más que por sus manos. Cuando Jesús fue ocultado a sus ojos por la gloria del Padre, él les confió a la vez el anuncio y la realidad del acontecimiento definitivo, la victoria de Dios resucitando al hombre, la alegría del Padre abrazando a sus hijos. El anuncio confiado a su palabra es el evangelio, la realidad puesta en sus manos es el cuerpo del Señor. El cuerpo dado es la prueba de que todo se ha cumplido, el evangelio dice lo que es ese cuerpo. Se necesita una voz para el evangelio, se necesitan unas manos para dar ese cuerpo. Es el ministerio apostólico, el del acontecimiento que los apóstoles vieron realizarse bajo sus ojos y que ellos van a anunciar a todos los hombres ya que esta hecho para todos ellos.

Pablo nos da una definición expresiva de este ministerio. El apóstol está «en embajada por Cristo» (2 Cor 5, 20). Representa a Dios ofreciendo al mundo, en la persona del crucificado, el don definitivo de la reconciliación y del perdón. Embajada, representación estas imágenes, sacadas del lenguaje diplomático, dan seguramente una idea bastante exacta de lo que es el ministerio apostólico. Actuando en nombre de su gobierno el embajador no puede tener actividad propia, sino que compromete la palabra y la acción de su país. Del mismo modo, el apóstol ha recibido el mandato de hablar en nombre de Cristo y de cumplir con su función reproduciendo sus gestos.

Sin embargo, representa al que lo envía bajo una forma única. Un embajador exhibe sus cartas credenciales y se despide luego, dejando a los destinatarios la tarea de cumplir su mensaje o de desmentirlo. El apóstol de Cristo no necesita cartas de recomendación (2 Cor 3, 1-3). El mismo trae la realización del evangelio que representa. No es que sea su modelo acabado. El propio Pablo es consciente de sus debilidades, pero su presencia en Corinto o en Filipos, la generosidad de los cristianos de Tesalónica en la persecución, todo eso son signos de que la palabra de Dios es activa y de que Cristo está vivo en sus iglesias (1 Tes 1, 6s).

La palabra de Dios en Jesús es acción. Esto ya era verdad mientras vivía Cristo en Judea. Ante su palabra, los pobres se llenaban de gozo, los enfermos se ponían en

pie, los pecadores recibían el perdón. Ahora lo es de una forma definitiva. Los apóstoles han sido enviados a marcar este cumplimiento. Este cumplimiento, que es un acontecimiento, se manifiesta en unos gestos que se convierten en los sacramentos de la iglesia y que son la palabra que produce su efecto, la palabra en su eficacia soberana.

La primera experiencia de esta eficacia la tuvieron los apóstoles. El relato de Pentecostes es sin duda de composición tardía, pero traduce ciertamente una experiencia original. Cuando Pedro llama a sus oyentes al arrepentimiento de sus pecados y a la recepción del bautismo (Hch 2, 38), ve ante sus ojos como los hombres se transforman y se adhieren al nombre del crucificado. Y en ese mismo momento capta lo que es el sacramento y lo que es el ministerio: la fuerza del Señor y de su palabra, puesta en sus manos.

Y también en ese momento se ilumina el efecto de esta palabra en la fracción del pan. El hombre no puede menos de borrarse en este caso, no necesita precisar «en el nombre del Señor», dado que las palabras que pronuncia son las del mismo Señor y que el acontecimiento que se realiza es el mismo que vivió Jesús. En la acción que se desarrolla, los apóstoles no tienen parte alguna, solo Jesús se había comprometido en el drama y solo él podía dar su vida. Sin embargo, los apóstoles son necesarios para recibir y transmitir, con el don del cuerpo y de la sangre, el sentido del acontecimiento. No habían comprendido mucho de momento, pero era menester que ellos estuvieran allí para comprender más tarde y poder testimoniar que todo se había realizado en aquella hora de la que había salido la salvación del mundo. Si el sacramento de la eucaristía no fuera más que la distribución del pan consagrado, bastarían unas manos purificadas para cumplir ese rito. Pero sí, al mismo tiempo que un gesto litúrgico, es el memorial y la explicación del acontecimiento, se necesitan unas palabras para explicarlo y unos ministros para transmitirlo.

LA SUCESION EN EL MINISTERIO

Los apóstoles no tienen sucesores que puedan desempeñar su papel. Es este un dato convergente de todos los

textos Pedro, al final de su primera carta (de la que no esta demostrado que sea el el autor), considera a Silvano como «un hermano fiel» y a Marcos como «su hijo» (1 Pe 5, 12s) El «discipulo al que amaba Jesus» esta rodeado de una profunda veneracion por la comunidad joanica (Jn 21, 23s), y esta no conoce ningun nombre que se le pueda asociar Pablo no piensa en ninguna ocasion en que otro pudiera ocupar su lugar Aunque Tito y Timoteo, que en las cartas pastorales reciben toda la responsabilidad de las iglesias de Creta o de Efeso, son calificados de hijos con un tono de cariño que no disminuye la distancia, sin embargo ninguno de los dos es presentado para tomar la sucesion de los doce, lo cual se explica perfectamente Lo que estos habian visto, oido y tocado de Jesus ningun otro podia levantarse para decirlo en su lugar

No obstante, lo que ellos habian visto, oido y tocado no podia desaparecer con ellos Cristo resucitado ya no debia morir Ya actuaba con ellos y por medio de ellos, no podia dejar de actuar y por tanto su accion estaba destinada a durar para siempre Habia que continuar, por tanto, la obra que ellos habian emprendido y proseguirla en su verdad profunda, no ya como una obra bien lanzada que habia que prolongar en su impulso, sino como una obra de Dios Los apóstoles, los primeros obreros de esa obra, la habian recibido del Señor y la habian proseguido en su fuerza y en su Espiritu Habia que recogerla y dejarle todo su valor apostolico, sin hacer de ella una construccion del hombre Este paso de la generacion de los apóstoles a la de sus sucesores tenia algo unico, pero podia reproducirse En efecto, seria el primero de una serie que atraviesa los siglos

Este paso esencial es muy dificil de determinar de forma precisa Los textos no nos dan de el mas que una imagen fluida y a veces ambigua Esta ambigüedad se muestra en dos aspectos en los escritos publicados con el nombre de los apóstoles, pero redactados quizá por sus discipulos, y en la multiplicidad de ministerios mencionados y la dificultad por definir su origen, su funcion propia y su relacion con los apóstoles

bajo el nombre de Pedro ¹¹ o de Pablo, sin que sean ellos sus autores, plantean muchos problemas, resueltos de diversas formas por los exegetas de las tendencias mas variadas Sea cual fuere la explicacion que se da de sus orígenes —estilo propio de un secretario, evolucion en el pensamiento y la escritura de Pablo, condiciones dificiles de la cautividad, preocupacion en un discipulo de ampararse en el nombre de su maestro—, su perspectiva fundamental es la de hacer remontar ese escrito a un apóstol dotado de autoridad y vital para la iglesia

El caso de los ministros es ciertamente complicado Las cartas a Timoteo le recuerdan en dos ocasiones su ordenacion, en terminos algo diferentes En 1 Tim 4, 14, Pablo exhorta a su discipulo a «no descuidar el don de la gracia (*charisma*) que hay en ti, que te fue conferida por una intervencion profetica, acompañada de la imposicion de manos por el colegio de los ancianos» En 2 Tim 1, 6, le recuerda que tiene «que reavivar el don de Dios (*charisma*) que hay en ti desde que te impuse las manos» Sin que se contradigan estos textos, no ayudan ciertamente mucho a que tengamos una idea concreta del gesto que se le recuerda a Timoteo Sin pretender describir, a partir de unas indicaciones alusivas, un rito propio de ordenacion, sin poder precisar la naturaleza del vinculo que relaciona a Pablo con Tito o Timoteo no se puede dejar de observar hasta que punto, incluso en sus responsabilidades mas personales, estos siguen dependiendo de su maestro Quizá no haya que generalizar este rasgo, puede deberse a los vinculos personales que desde hacia años unian a Pablo con sus viejos compañeros El hecho es que, en las tres cartas, es siempre el apóstol el que habla (1 Tim 1, 1 2 Tim 1, 1, Tit 1 1) Y el hecho es que en un ambiente seguramente bastante cercano, los *Hechos de los apóstoles*, en Listra, Iconio y Antioquia de Pisidia, Pablo y Bernabe «designan a los ancianos» de las jovenes comunidades (Hch 14, 21-23) Y tambien es cierto que, desde Mileto en donde habia hecho escala en su viaje a Jerusalem, Pablo «hace convocar a los ancianos de la iglesia de Efeso» (Hch 20, 17), les habla de sus deberes con

¹¹ Cf E Cothenet *Las cartas de Pedro* (CB n. 47) Verbo Divino Estella 1984 11 y 50

Los escritos llamados «pseudepígraficos», publicados

una autoridad indiscutida, y al mismo tiempo les confia todas las responsabilidades sobre el rebaño que el habia asumido hasta entonces

Aun cuando hay que evitar generalizar las cosas, y se puede pensar que en Corinto las cosas no ocurrieron de la misma forma, no es posible descartar el testimonio de esta segunda generacion, la que se encargo de la iglesia despues de la desaparicion de los apóstoles. De ellos reciben no solamente la tradicion del Señor y los signos de su accion, el bautismo y la fraccion del pan, sino el encargo de transmitirlos, algo asi como una investidura. Si estos gestos son sacramentales, realizados en nombre de Cristo y por la fuerza de su nombre, se comprende que tambien la investidura haya de ser sacramental, portadora de esa misma fuerza y del mismo Espiritu de Dios

EL PERDON DE LOS PECADOS EN LA IGLESIA

La mision confiada a los diez (los once menos Tomas) por Jesus resucitado en el evangelio de Juan se concreta en una frase «Recibid el Espiritu Santo. A quienes perdoneis los pecados, les seran perdonados, a quienes se los retengais, les seran retenidos» (Jn 20, 22s). Este episodio es el equivalente a los envios a misionar con que concluyen los tres evangelios sinopticos (cf. recuadro, p. 27). Como los tres tienen en cuenta, de maneras diferentes, explicita o implicitamente, el bautismo, nos sentimos inclinados a pensar que tambien el cuarto evangelio piensa en el bautismo, ampliando quizas su funcion de perdon, quizas tambien evitando adrede pronunciar el nombre del rito, porque es un rasgo constante de este evangelio evocar directamente los ritos cristianos: nacer del agua y del Espiritu (Jn 3, 5), comer la carne del hijo del hombre y beber su sangre (Jn 6, 53), sin citarlos nunca por su nombre. Por tanto, es bastante natural, al oír como Jesus da a los suyos la mision de perdonar los pecados o de retenerlos, pensar en el bautismo y en la decision que exige a sus responsables. Porque el bautismo, en todas las tradiciones, sobre todo en la de Lucas, es el sacramento del perdon de los pecados (cf. recuadros, p. 39 y 40).

¿Habrá en ello otra cosa y algo más que el bautismo, es decir, la institucion del sacramento de la penitencia? Así lo afirma el concilio de Trento con matices importantes (ses. 14, can. 1-3), rechazando expresamente la interpretacion que identificaba «perdonar los pecados» y «predicar el evangelio». Pero si actualmente un conocimiento más exacto de los textos nos libera de un literalismo demasiado estrecho, también debe ayudarnos a mirarlos más de cerca, y a destacar, en la tradicion de Juan, las huellas visibles de una practica distinta de la del bautismo en la que aparecia el perdon de los pecados (recuadro, p. 54).

Un fragmento reproducido en el recuadro pertenece a la primera carta de Juan. Entre las palabras de Jesus en Jn 20, 23 «Se perdonaran los pecados a quienes se los perdoneis», y la declaracion de 1 Jn 2, 12, no hay más que una diferencia: el añadido, en el texto de la carta, de la mencion «por causa de su nombre». Realmente, este añadido se impone casi por sí mismo. Confirma que el discípulo ha entendido bien la palabra de Jesus y que, si se siente autorizado a perdonar los pecados, lo hace en nombre de aquel que le ha confiado ese poder.

Pues bien, esta declaracion de perdon no aparece como una formula aislada. Es como la reanudacion y la conclusion, despues de un largo desarrollo sobre el mandamiento del amor (2, 3-11), de un gran fragmento dedicado al pecado y al perdon (1, 5-2, 1). Un fragmento firmemente estructurado: tres estrofas construidas segun el mismo modelo, en las que se opone cada vez al «sí decimos» mentiroso al que se cree justo (v. 6, 8 y 10) la actitud verdadera: «Si caminamos en la luz. Si confesamos nuestro pecado. Si alguno llega a pecar, tenemos un defensor...» (v. 7, 9 y 2, 1). Pues bien, el tema de estas tres estrofas es concreto: se trata de la oposicion entre la confesion de los pecados y la negativa a confesarlos. Lo cual supone un comportamiento exterior, un publico ante el cual se comparece o se niega a comparecer.

Seria aventurado querer imponer sobre estas expresiones tan fluidas el esquema de una asamblea comunitaria y de una liturgia concreta. Puede tratarse de un comportamiento habitual, de una forma de presentarse, de la figura que se da de sí mismo ante los demás, pero el hecho es

LA CONFESION DE LOS PECADOS EN LA PRIMERA CARTA DE JUAN

1, 5 Y este es el mensaje que hemos recibido de él y que nosotros os revelamos: Dios es luz, y en él no hay tiniebla alguna...



6. **Si decimos:** «Nosotros estamos en comunión con él» y caminamos en tinieblas, mentimos y no obramos la verdad.

7. **Pero si** caminamos en la luz, como él mismo está en la luz, estamos en comunión los unos con los otros y la sangre de Jesús, su Hijo, nos purifica de todo pecado.



8. **Si decimos:** «Nosotros no tenemos pecado», nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros.

9. **Pero si** confesamos nuestros pecados, fiel y justo es él, y nos perdonará nuestros pecados y nos purificará de toda iniquidad.



10. **Si decimos:** «Nosotros no somos pecadores», hacemos de él un mentiroso y su palabra no está en nosotros.

2,1 (Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis más). **Pero si** llegamos a pecar, tenemos un defensor delante del Padre, Jesucristo, que es justo.

.....

12. Hijitos, os escribo: «Vuestros pecados son perdonados por causa de su nombre».

13. Padres, os escribo: «Vosotros conocéis al que existe desde el principio». Jóvenes, os escribo: «Vosotros habéis vencido al malvado».

EL SACRAMENTO DE LOS ENFERMOS

que el empleo de la palabra «confesar», de la formula declaratoria «Se os perdonan vuestros pecados», sugiere una reunion publica, un grupo en donde se vive en comunion reciproca «unos con otros» Por tanto, no habra que buscar en este pasaje una forma definida de lo que se convertiria mas tarde en el sacramento del perdon Se notaran sin embargo unos rasgos que no permiten identificar este proceso con el bautismo Puede haber aqui contactos con la liturgia bautismal interpelacion del candidato, condiciones previas a la iniciacion, paso de las tinieblas a la luz, proclamacion del perdon, invocacion del nombre de Jesus¹² Pero no puede tratarse del propio bautismo se trata de cristianos para quienes la experiencia bautismal, la victoria sobre el maligno, el conocimiento de Cristo, pertenecen al pasado Se trata mas bien de librarlos de la ilusion en que se encuentran, de creerse automaticamente «en comunion con el», a pesar de que caminan en las tinieblas El bautismo estaria aqui presente como un recuerdo que permite al pecador arrepentido escuchar de nuevo la palabra de liberacion «Se os perdonan vuestros pecados»

Que es posible en la iglesia ofrecer el perdon a los bautizados que han caido en el pecado es una evidencia para el autor de esta carta, pero es tambien un dato visible inmediatamente en los evangelios Los pecadores acogidos por Jesus la pecadora a sus pies en casa de Simon el fariseo, la mujer adúltera Zaqueo, pertenecen todos ellos al pueblo judio Ya habian sido circuncidados, conocian la ley y confesaban al verdadero Dios El perdon no los introducía en otro mundo, sino que los reintegraba en la fe de sus padres Estos ejemplos no remitian al bautismo, por el contrario, apelaban a correr a buscar a las ovejas perdidas, a acoger a los pecadores arrepentidos Si estos episodios ocupan tanto lugar en los evangelios, sin ser exigidos por el bautismo, quizá sea la señal de que el perdon podia ser en la iglesia una realidad conocida

El sacramento de los enfermos ofrece un modelo ejemplar de esos callejones sin salida adonde conduce la interpretacion literal de los textos y la practica puramente ritual de los gestos sacramentales Los unicos textos explicitos que mencionan un gesto que hay que practicar sobre los enfermos nos hablan de la unción de aceite que habian de hacer los discipulos en su primer viaje misionero (Mc 6, 13) y de la imposicion de manos indicada en el envio final por el resucitado (Mc 16, 18) En ambos casos, se trata de curaciones milagrosas, signos del reino venidero Ciertamente, la iglesia traicionaria a su mision si olvidase estas promesas del Señor, siempre capaz de responder a la fe por medio de signos milagrosos Pero ¿que relacion hay entre esos gestos y los que ella practica con los moribundos, precisamente en la hora en que se ha perdido toda esperanza?

La carta de Santiago es mas explicita Menciona a la vez la unción con aceite hecha por los ancianos «en nombre del Señor», la plegaria de la fe y la confesion reciproca de los pecados (Sant 5, 14-16) Pero ¿es seguro que esta unción hecha «en nombre del Señor» tiene el mismo valor representativo que el bautismo dado en su nombre? La asociacion de la plegaria y de la unción la sucesion unción-plegaria hacen creer mas bien que la eficacia viene finalmente mas de la oracion que del gesto, y acercaria esta perspectiva de las promesas de Jesus a la oracion hecha en su nombre (Mt 18, 20, Jn 16, 23s)

Mas que dejarse llevar por estas sutilezas, es preferible situar estos gestos al mismo tiempo en el horizonte de la existencia de Jesus y de las experiencias de la iglesia, porque se trata de gestos de la iglesia, puestos en ausencia de Cristo y en nombre suyo, por unos discipulos portadores de una mision Pero estos gestos reproducen tambien los que habia multiplicado Jesus, para responder a la llamada incesante del sufrimiento y de la enfermedad

Hoy sentimos la tentacion de minimizar la importancia del milagro en la vida de Jesus, de pensar que cuanto mas se la reduce, mas verosimil y accesible se hace el evangelio En efecto quizas haya en los evangelios cierta parte de hinchazon en la generalizacion de los milagros, pero

¹² Cf R E Brown *The Epistles of John* New York 1982 302s 319 323 633 635

querer a priori reducir al máximo su número y desconfiar de la atmósfera de estos relatos, sería ciertamente desfigurarse el rostro de Cristo y falsear el sentido de su acción. El milagro, decíamos al comienzo de este estudio, no es el objetivo de su actividad, pero la acompaña como un signo esencial. Porque si Jesús hizo milagros, es que quiso entrar a fondo en la realidad de la existencia humana, conocer el peso de su desgracia, revelar la mirada que Dios le dirige. Mirada de compasión, voluntad de acción. Todo cuanto puede hacer por aliviar el sufrimiento y neutralizar la enfermedad, es algo que realmente hace.

Sin embargo, hay límites que solo franquea excepcionalmente, los de la muerte, porque no viene a cambiar la condición humana, viene a triunfar de la muerte, pero desde dentro de ella y por la obediencia, ya que es desde dentro y por la desobediencia como el pecado hizo entrar la muerte en el mundo (Rom 5, 12-19). Por eso Jesús dejó morir a su amigo Lázaro, imponiéndose a sí mismo permanecer a distancia (Jn 11, 21-32), para que pudiera devolverlo a la vida después de haber suscitado la fe de Marta y de sus discípulos (Jn 11, 14s 25-27 41s).

Así, pues, el sacramento de los enfermos es algo muy distinto de un rito que se administra en el último momento. Esta hecho para significar la presencia de Cristo al lado de la enfermedad y de la muerte, elementos esenciales de la vida humana. Esta hecho, por así decirlo, del encuentro entre los pasos que podemos dar frente a la enfermedad: la oración, la asistencia, la presencia activa y el poder de vida del resucitado. Resulta que este poder encuentra muy poca fe para operar milagros. Aunque la muerte acaba dando siempre la impresión de ser la más fuerte, el sacramento produce su efecto. Hace de este encuentro del hombre con el sufrimiento una experiencia de fe, una certeza de esperanza, una verdadera práctica de caridad.

Este don de la fe, de la esperanza y de la caridad no es distinto del don del bautismo. La antigua palabra con que se le designaba, la «extremaunción», significaba esta relación. La unción última por la que la iglesia entrega al cristiano al poder salvador de Dios es como el otro aspecto y la consumación de la unción inicial, que en el bautismo marca la toma de posesión por Dios del nuevo cristia-

no. Hay aquí mucho más que una correspondencia armónica, hay una realidad esencial: el gesto de la iglesia sobre los enfermos solo es sacramental porque viene como consecuencia del bautismo y en cierto modo lo consuma. Porque el bautismo, el don de la fe, sigue estando activo y es idéntico hasta el fin, en cualquier momento de su vida en que se encuentre, a través de todas las experiencias que pueda atravesar, el creyente reconoce siempre la identidad de su fe, es decir, la del bautismo por el cual la ha recibido. Y si todo el trabajo de Jesús consistió en suscitar la fe de sus discípulos, este trabajo no termina hasta el día en que el Hijo pueda acoger en la casa de su Padre a todos los que le han dado su fe.

EL HOMBRE Y LA MUJER, CRISTO Y LA IGLESIA

Si la última unción, cumpliendo la del bautismo, termina el desarrollo de la existencia humana en la fe en nombre de Jesucristo, es con el cuerpo de Cristo entregado por amor a su iglesia con el que se relaciona el matrimonio en la carta a los efesios (Ef 5, 25-32). Sin embargo, el bautismo tiene algo que ver con esta unión, ya que por el don de su cuerpo que el Señor hace a su esposa, «quiso hacerla santa purificándola con el agua que lava y por la palabra» (v 26). Nos encontramos aquí de nuevo con la relación fundamental que une y diferencia al mismo tiempo el bautismo y la eucaristía. Todo viene del cuerpo entregado, del gesto de la cena, pero para acceder a ese don, para adquirir su inteligencia, es preciso dejarse iniciar en la tradición de la iglesia y recibir de ella la palabra y el perdón del Señor.

Si, a pesar de la presencia del bautismo, Pablo relaciona más directamente el matrimonio con la eucaristía, es evidentemente porque encuentra en ella al cuerpo y la unión a través del cuerpo. Quizá sea también porque, en ambos casos, el don es a la vez un acto único definitivo y una existencia vivida juntamente día tras día. La cena del Señor, última de una serie cotidiana e ininterrumpida, marca el compromiso definitivo de Jesús con los suyos, la

nueva alianza El compromiso del marido y de la mujer es tambien de cada dia y tiene que durar para siempre

La perspectiva paulina ha sido en la iglesia el fundamento de la concepcion sacramental del matrimonio En efecto, el texto de Ef 5, 32 es el que contiene el famoso «este sacramento es grande», en donde la traduccion latina tradujo por *sacramentum* la palabra griega *mysterion*, que las traducciones modernas prefieren transcribir de forma mas literal «este misterio es grande» Es verdad que el pasaje no es claro ¿esta el misterio en la union del hombre y la mujer?, ¿en la ruptura que establece con la comunidad donde uno ha nacido?, ¿en la oscuridad de que sigue estando rodeada la voluntad original de Dios hasta su revelacion en Cristo?, ¿en la union de Cristo y de la iglesia? Estas interpretaciones no se excluyen necesariamente entre si, sino que incluso pueden iluminarse y completarse Parece cierta una cosa se trata a la vez de una realidad inscrita en la carne de la humanidad y de un designio fundamental de Dios creador, de una experiencia que han de vivir todos los dias los esposos y del gesto supremo del amor de Cristo

Por otra parte, no hay nada en este texto que haga sospechar la presencia de un rito particular, equivalente a la celebracion que actualmente suele hacerse en la iglesia Pero en esto no hay nada de extraño, porque si bien la iglesia no ha dejado de transmitir este texto y de anunciar el misterio del matrimonio, se contento durante muchos siglos, hasta finales del mundo antiguo, con reconocer el valor de los ritos que practicaba la sociedad en que vivia y con recordar las exigencias del evangelio Porque, gracias a un encuentro seguramente providencial, estos ritos, esencialmente familiares, suponian un matrimonio monogamo y la expresion de un consentimiento mutuo «En la sociedad romana, el matrimonio no requeria la intervencion de ninguna autoridad publica, ningun magistrado, ningun sacerdote participaba en el mismo No se trataba entonces de un 'matrimonio civil', ni tampoco propriamente hablando de un 'matrimonio religioso', sino de un 'matrimonio familiar'¹³ Si progresivamente los obispos y los

sacerdotes vieron aumentar su funcion en estos ritos, lo hicieron porque con el hundimiento de la sociedad antigua y la debilidad prolongada del poder civil hasta finales de la edad media, los ministros de la iglesia tomaron en sus manos la responsabilidad de los ritos y la legislacion del matrimonio Sin embargo, la iglesia no olvido y ha mantenido siempre que lo esencial del matrimonio no pertenece ni al poder secular ni al poder eclesiastico, sino al hombre y a la mujer que se dicen «si» para toda la vida

Este «si» viene seguramente del hombre, de lo mas profundo del hombre y de la mujer, y es preciso que la humanidad se sienta afectada y penetrada en sus profundidades para que la obra de Cristo sea verdaderamente la redencion total, la consumacion de la creacion Pero solo Cristo es capaz de llevar esta consumacion hasta el final, porque el *llego hasta el fondo del don y amo a la iglesia hasta hacerle el don de su cuerpo, puede ahora llegar hasta el fondo de sus exigencias y pedir a los esposos que vivan hasta el final el don de ellos mismos que se hacen mutuamente La exigencia evangelica que se niega a disolver el matrimonio es inseparable del misterio por el que Jesus se une a la iglesia para siempre, del sacramento por el que el introduce a los suyos en este misterio*

La negativa a romper el matrimonio figura en dos contextos diferentes y responde a dos ocasiones diferentes En Mt 19, 6, la sentencia de Jesus «Que el hombre no separe lo que Dios ha unido», es una respuesta a ciertas cuestiones que le plantearon en el terreno de lo mandado y de lo prohibido La logica de los doctores era «Moises permitio , Moises ordeno » (Mt 19, 3 7) Pero este lenguaje es una concesion a la debilidad humana, a la «dureza de corazon» de los israelitas Esta esclerosis del corazon, esta ininteligencia del don de Dios y de sus promesas era tolerada por Dios como un momento preparatorio y provisional, aguardando a poner su ley en el fondo de su ser y grabarla en sus corazones (Jr 31, 33) La palabra del evangelio no tiene que comprenderse como un reforzamiento del rigor de la ley, sino mas bien como el cumplimiento de una profecia inscrita en el orden original de la creacion para que se cumpliera con la llegada del reino de Dios

¹³ T Rey-Mermet *Ce que Dieu a uni* Centurion Paris 1974 46

Esta misma negativa figura en el sermón de la montaña, pero basada en una justificación diferente (Mt 5, 31s), en la serie: «Habéis oído..., pero yo os digo...» (Mt 5, 25-48). También en este caso se trata de superar la simple prohibición, pero es para entrar a fondo en la voluntad del Padre por medio de una fidelidad más total. Lo mismo que no basta, para el hijo de Dios, con evitar el adulterio o el asesinato, tampoco basta con ponerse en regla con la ley

entregando a la esposa el acta de repudio que le devuelve la libertad. Dios espera mucho más, una mayor atención al alcance de nuestros gestos, para evitar todo cuanto pueda hacer daño y destruir la integridad del otro. La salvaguardia del matrimonio y de sus exigencias no se comprende de verdad más que dentro del horizonte del sermón de la montaña y de la llamada evangélica.



Bautismo de Pablo por Ananías (siglo XII)

En la celebración de la eucaristía, Cristo reúne, enseña y alimenta a la iglesia. Cristo es el que invita al banquete y lo preside. El es el pastor que conduce al pueblo de Dios, el profeta que anuncia la palabra de Dios, el sacerdote que celebra el misterio de Dios.

En la mayor parte de las iglesias, esta presidencia de Cristo tiene como signo la de un ministro ordenado. El que preside la celebración eucarística en nombre de Cristo manifiesta que la asamblea no es propietaria del gesto que realiza, que no es ella la dueña de la eucaristía; la recibe como un don de Cristo que vive en su iglesia. El ministro de la eucaristía es el enviado que representa la iniciativa de Dios y expresa el vínculo de la comunidad local con las otras comunidades en la iglesia universal.

La comprensión mutua cada vez mayor que se expresa en el presente documento puede permitir a ciertas iglesias alcanzar una mayor medida de comunión eucarística entre sí y acercarse de este modo al día en que el pueblo de Cristo dividido estará visiblemente reunido en torno a la mesa del Señor.

Fe y Constitución,
Bautismo, Eucaristía, Ministerio. Eucaristía 29.33.

Porque Cristo, levantado sobre la tierra, atrajo hacia sí a todos (cf. Jn 12, 32 gr.); habiendo resucitado de entre los muertos (Rom 6, 9), envió sobre los discípulos a su Espíritu vivificador, y por él hizo a su cuerpo, que es la iglesia, sacramento universal de salvación; estando sentado a la derecha del Padre, actúa sin cesar en el mundo para conducir a los hombres a la iglesia y, por medio de ella, unirlos a sí más estrechamente y para hacerlos partícipes de su vida gloriosa alimentándolos con su cuerpo y sangre. Así que la restauración prometida que esperamos, ya comenzó en Cristo, es impulsada con la misión del Espíritu Santo y por él continúa en la iglesia, en la cual por la fe somos instruidos también acerca del sentido de nuestra vida temporal, mientras que con la esperanza de los bienes futuros llevamos a cabo la obra que el Padre nos encomendó en el mundo y labramos nuestra salvación (cf. Flp 2, 12).

La plenitud de los tiempos ha llegado, pues, a nosotros (cf. 1 Cor 10, 11), y la renovación del mundo está irrevocablemente decretada y en cierta manera se anticipa realmente en este siglo, pues la iglesia, ya aquí en la tierra, está adornada de verdadera santidad, aunque todavía imperfecta. Pero mientras no lleguen los cielos nuevos y la tierra nueva, donde mora la justicia (cf. 2 Pe 3, 13), la iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, pertenecientes a este tiempo, la imagen de este siglo que pasa, y ella misma vive entre las criaturas, que gimen con dolores de parto al presente en espera de la manifestación de los hijos de Dios (cf. Rom 8, 19-22).

PARA PROSEGUIR EL ESTUDIO

Pueden verse en primer lugar las diversas *Teologías del Nuevo Testamento* y los *Diccionarios de teología bíblica*, en los artículos destinados a los sacramentos. Los manuales sobre los sacramentos en general y en particular dedican actualmente una atención privilegiada a la fundamentación bíblica de la doctrina sacramental de la iglesia.

Entre las obras asequibles al lector español, que dirigen una atención especial a la presentación bíblica de los sacramentos, podemos citar:

Sacramentos en general

- SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA, *Evangelización y sacramentos*. PPC, Madrid 1975.
- R. MASI, *Cristo, la iglesia y los sacramentos*. Paulinas, Madrid 1970.
- J. L. LARRABE, *El sacramento, como encuentro de salvación*. FAX, Madrid 1971.
- D. BOROBIO (ed.), *La celebración en la iglesia*. Sígueme, Salamanca 1985.
- J. M. CASTILLO, *Símbolos de libertad. Teología de los sacramentos*. Sígueme, Salamanca 1981.
- E. SCHWEIZER – A. DíEZ MACHO, *La iglesia primitiva. Medio ambiente, organización y culto*. Sígueme, Salamanca 1974.
- L. M. MÚGICA, *Los sacramentos de la humanidad de Cristo*. Hechos y Dichos, Zaragoza 1975.
- O. CULLMANN, *La fe y el culto en la iglesia primitiva*. Studium, Madrid 1971.

Eucaristía

- F. X. DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*. Sígueme, Salamanca 1982.
- J. L. ESPINEL, *La cena del Señor, acción profética*. PPC-Casa de la Biblia, Madrid 1976.
- J. LÉCUYER, *El sacrificio de la nueva alianza*. Herder, Barcelona 1969.
- M. NICOLAU, *Nueva pascua de la nueva alianza*. Studium, Madrid 1973.
- J. M. SÁNCHEZ CARO, *Eucaristía e historia de la salvación*. Editorial Católica, Madrid 1983.

Bautismo y confirmación

- G. BARTH, *El bautismo en el tiempo del cristianismo primitivo*. Sígueme, Salamanca 1986.
- SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA, *El sacramento del Espíritu. La confirmación en la iglesia de hoy*. PPC, Madrid 1976.
- B. NEUNHEUSER, *Bautismo y confirmación*, en M. Schmaus - J. R. Geiselman - A. Grillmeier, *Historia de los dogmas*, IV/2. Editorial Católica, Madrid 1974.

Penitencia

- J. RAMOS REGIDOR, *El sacramento de la penitencia*. Sígueme, Salamanca 1976.

- G. FLÓREZ GARCÍA, *La reconciliación con Dios*. Editorial Católica, Madrid 1971.
- P. ADNÈS, *La penitencia*. Editorial Católica, Madrid 1981.

Ministerios

- P. GRELOT, *El ministerio de la nueva alianza*. Herder, Barcelona 1969.
- J. J. ALLMEN y otros. *El ministerio en el diálogo interconfesional*. Sígueme, Salamanca 1975.

- Y. M. CONGAR, *Ministerios y comunión eclesial*. Madrid 1973.
- L. OTT, *El sacramento del orden*, en M. Schmaus - A. Grillmeier - L. Scheffczyk, *Historia de los dogmas*, IV/5. Editorial Católica, Madrid 1976.

Matrimonio

- E. SALDÓN - T. RINCÓN, *El matrimonio, misterio y signo*, I. EUNSA, Pamplona 1971.
- P. GRELOT, *La pareja humana en la Sagrada Escritura*. Madrid 1963.

INDICE DE MATERIAS

De los gestos de Jesús a los sacramentos de la iglesia p. 7

1. LA PALABRA Y LOS GESTOS DE JESUS **9**

A. La palabra:	el profeta y el evangelista	9
	el legislador y el señor	10
	el sabio y el revelador	10
B. Los gestos:	los milagros	11
	el perdón de los pecados	12
C. Nacimiento de la fe:	los discípulos	14
	la confesión de Pedro	16
	el futuro de los discípulos	17

2. EL CUERPO ENTREGADO Y RESUCITADO **19**

La pascua de Jesús	20
Mi cuerpo entregado, mi sangre derramada	21
El don y el perdón	22
(Sinopsis de los relatos de institución)	23
(El sacrificio de Isaac y la noche de pascua)	24
El perdón del resucitado	25
El sacramento de Emaús	25
Los envíos a misionar	27
(Las palabras del resucitado)	27
Palabra y sacramento	28

3. LA IGLESIA NACIENTE: PRIMERAS EXPERIENCIAS **31**

El perdón	32
Murió por nuestros pecados	33
(Textos sobre: Murió por nuestros pecados)	34
Una comunidad ministerial	35
La experiencia de Pablo	35

4. LOS GESTOS DE LA IGLESIA

37

El bautismo en los <i>Hechos</i>	38
(Textos explícitos)	39
(Textos implícitos)	40
En torno al bautismo	41
¿Y los niños?	43
El bautismo en Pablo	44
(El bautismo en las cartas paulinas)	45
El bautismo y el don del Espíritu: los <i>Hechos</i>	46
(El don del Espíritu Santo según los <i>Hechos</i>)	47
El bautismo y el don del Espíritu: Pablo	48
¿Qué es el sacramento?	49
Sacramentos y ministros	50
La sucesión en el ministerio	51
El perdón de los pecados en la iglesia	53
(La confesión de los pecados en 1 Jn)	54
El sacramento de los enfermos	55
El hombre y la mujer, Cristo y la iglesia	56
Textos conciliares y ecuménicos	59
Para proseguir el estudio	60